ARNALDO VISCONTI

El Galante Aventurero



4 PTAS

LOS MISTERIOS DE VENECIA

Impreso en
GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA

LOS MISTERIOS DE VENECIA

PRÓLOGO

Por aquella noche del diez de noviembre del año 1487, el Palazzo Vecchio, residencia del Duque Regente de Toscana, Giovani, rutilaba resplandeciente de miles de luces.

Literas y carrozas penetraban bajo la bóveda principal, ampliamente iluminada por el reflejo de grandes braseros encendidos por los lacayos, palafreneros y portadores.

De literas, sillas y carrozas, descendían, ayudadas por pajes y entre susurros de sedas, damas vestidas exquisitamente, y caballeros cuyas ropas de terciopelo y sedas bordadas en oro, denotaban riquezas y buen gusto.

Era toda la nobleza toscana, que acudía a la gran fiesta dada por el Gran Duque Giovani, en honor del conde de Gandini, llegado algunos días antes con su séquito de gentileshombres venecianos, para desposar por representación, y en nombre del muy atareado Dux de Venecia, a Rosalba de Camporeggio, princesa de Florencia.

Deberían luego partir hacia la ciudad de las lagunas y canales, donde el Dux esperaba.

Eran las diez de la noche. La fiesta empezada a las siete, brillaba en todo su apogeo.

En la magnífica sala del Consejo, cuyo techo aparecía cubierto de seda azul moteada de estrellas de plata, se encontraban reunidos el Gran Duque Giovani, la princesa Rosalba, su hija, mayor, y sus

dos hermanas Eleanor y Elisabeth, con el conde de Gandini y los gentileshombres venecianos de su séquito.

Sólo eran admitidos en esta sala, los miembros pertenecientes a la alta nobleza. Era un privilegio del cual todos estaban celosos, tanto como en las otras cortes suscitaba envidias e intrigas el tener derecho a un escabel en la Sala Real.

Entre aquellos privilegiados percibíase una viva agitación, Dirigían miradas hostiles hacia una dama muy morena que se hallaba en destacada posición frente a las damas de honor y cerca de Rosalba de Camporeggio, la hija del Regente.

—¿Habéis visto?—murmuró la hermosa marquesa Borromei al oído del joven harón Ursiello—. La Bentivoglio entre las damas de honor de la princesa. ¡Qué audacia! ¡En verdad, que esta intrigante se lo cree todo permitido!

—Y tiene razón, puesto que todo se lo toleran.

—¡Es inconcebible! La hija de un trapero... Por que es la hija de un trapero, ¿no lo sabíais?

—Y de una lavandera. Ya lo sabía.

—Su sitio es en la cocina con la servidumbre, y no aquí.

—Rosalba exigió su presencia a su lado en esta fiesta solemne.

—¡No es posible! La ha embrujado...

—Cierto que rumores corren de que es algo hechicera.

—A las brujas no se las trata como a damas. ¡Se las quema en hoguera y ante el pueblo!

Fausta Bentivoglio, la que era objeto de estos y otros muchos comentarios poco favorables, era en efecto hija de un vulgar trapero, pero era también hermana de leche de Rosalba de Camporeggio.

La plebeya y la princesa habían crecido juntas, y desde la infancia, Fausta había adquirido una gran influencia en el espíritu de Rosalba de Camporeggio.

Una influencia tan extraordinaria, que en aquella época en que se atribuía a poderes ocultos todo lo que era inexplicable, la opinión generalizada era que Fausta empleaba sortilegios para dominar la voluntad de la hija del Duque de Toscana.

Al terminar una de las danzas. Fausta Bentivoglio abandonó la gran sala del Consejo, y se encaminó hacia las otras salas.

Las atravesó lentamente mirando a su alrededor, buscando a alguien con impaciencia...

—¿No habrá venido?—musitó, pensando en voz baja.

Al entrar en la galería de Hércules, apercibió reclinado indolentemente contra el muro, a un joven de unos veinticinco

años, vestido con mucho menos riqueza que la mayor parte de los invitados.

Miraba distraídamente el brillante espectáculo de la fiesta, en cuyo ambiente parecía estar desplazado.

Estaba de espaldas a Fausta, la cual se le aproximó pisando con levedad.

—Mancini—saludó ella, tocándole el hombro.

El joven, con sobresalto, dió media vuela.

—¡Fausta!—exclamó sorprendido.

—Ven, sígueme. Tenemos que hablar.

Ella, abandonando la galería, alcanzó por un pasillo el ala derecha del palacio, y deteniéndose ante una puerta, la abrió, penetrando en una salita que tenía aspecto de oratorio.

—Entra—dijo, y a la vez señalaba un sillón al joven—. Me temía que no vinieses. Aquí podremos hablar sin ser oídos ni vistos.

—A fe mía que vacilé bastante, cuando me vi invitado a esta fiesta dada por Nuestra Alteza. Me pregunté repetidamente si no se trataba de una pesada chanza.

—¿Y por qué había de serlo? ¿No ha invitado Nuestra Alteza a toda la nobleza de Florencia? ¿No eres gantilhombre, Gino?

Gino Mancinj, más que hablar, mordió las sílabas.

—En efecto. Soy un gentilhombre. Pero, ¡por la Madona!, que no es muy visible la diferencia entre un mendigo y un gentilhombre como yo. Puedo decirte que si anteayer en la taberna no me favorece el naipe, no sé cómo me las habría compuesto para presentarme aquí esta noche, vestido con decencia.

—Por lo visto, aun no te ha salido por el camino Diosa Fortuna, a la cual tanto esperas.

—Pues no será por falta de buscarla por todos los caminos habidos y por haber—replicó Mancini, ásperamente.

Fausta Bentivoglio miró al joven con penetrante fijeza, y al cabo de unos segundos, dijo lentamente:

—¿Y si esta fortuna tras la cual tanto suspiras, yo te proporcionase los medios de conseguirla?

Gino Mancini se estremeció. Un destello de avidez iluminó sus pardas pupilas.

Ella añadió con estudiada lentitud:

—Yo puedo ofrecerte el medio de conquistar la fortuna. Y en forma tal, que nunca la soñaste.

—Muy escéptico soy. ¿Hablas en serio?

—Nunca hablé más en serio. ¿Crees tu que si te he hecho venir esta noche al Palazzo Vecchio, perque yo he sido quien se ha

cuidado de que te invitaran, era sencillamente para tener ocasión de volverte a ver después de largos años de separación? Sin duda, el verte me produce placer, Gino. No he olvidado nunca a cierto joven desenfadado que se alojaba frente a la casa del trapero Bentivoglio, y que frecuentemente escalaba el seto del jardín y el muro, para visitar a su hija a escondidas... Tenías tú dieciséis años entonces, y yo catorce. Y creo, creo... que en aquellos tiempos estaba muy enamorada de ti...

—Lo cual quiere decir que hoy...—interrumpió, sonriendo con malicia, Gino Mancini.

—Hoy, hoy... Dejemos el interrogante para más tarde—replicó ella, también en tono chancero—. Tengo que repetirte que no es para evocar nuestra adolescencia por lo que te he hecho invitar.

Fausta se calló unos instantes, pareció reflexionar, y con tono firme y enérgico, añadió:

—Ante todo, debes saber que no tengo ni he tenido en el corazón más que una pasión verdadera: la ambición. Alcanzar honores y fortuna, ha sido siempre el móvil de mis actos, y la única meta de mis esfuerzos.

—Pues debes ya estar satisfecha, porque, ¡por Baco!, que has recorrido un camino asaz envidiable. Pasar de la trastienda de un honorable trapero a un palacio ducal, era ya un resultado óptimo. Pero he aquí que la princesa sin mando, se convierte de pronto por apasionado amor del Dux poderosísimo, en Dogaresa. Supongo que habrás tomado ya las necesarias medidas para seguirla en su nueva existencia.

—Sopones acertadamente, Gino.

—Entonces, por poco que sepas conservar sobre la Dogaresa la influencia que has conseguido sobre la princesa...

—La conservaré.

—Un campo ilimitado se ofrece a tu ambición: ¡qué magnífico destino tienes ante ti, Fausta!

—Te ofrezco compartirlo, Gino.

Gino Mancini levantóse impetuosamente. Miró a la mujer, pálido y jadeante:

—¿A mí? ¿Compartir contigo?...—balbució.

—Ya te he dicho que mi ambición es grande. Quiero alcanzar la cúspide. Para el plan que me he trazado, necesito tener a mi lado una persona resuelta, como lo soy yo, ambiciosa como yo, y que al igual que yo, sepa cuando sea preciso no entorpecerse en vanos escrúpulos. Yo creo conocerte a fondo, Gino. Los dos somos de la misma calidad, y estamos hechos para comprendemos. ¿Te conviene

ligar tu suerte a la mía y ser el esposo de Fausta Bentivoglio?

—¿Yo? ¿Tu esposo?

—El marido de la favorita de la Dogaresa, primero. El favorito de la Dogaresa, después.

Gino Mancini pasóse varias veces la mano por la frente, y se sentó sin contestar.

Fausta Bentivoglio, que esperaba ver acogida su proposición con gran alegría por el hombre que vivía estrechamente, sintióse sorprendida y casi molesta por la extraña reacción del que, sudoroso, semejaba temer algo.

—¿Os calláis, "signor" Mancini?—preguntó ella, con tono mordaz—. Tal vez por casualidad, me juzgáis de muy baja cuna y Vuestra Señoría considera indigna de ser su esposa a la que la hija de nuestro Regente admite por íntima amiga.

—No. No se trata de eso.

—Entonces, ¿qué es? ¿Me he equivocado al juzgarte? ¿Temes afrontar los riesgos y los peligros que pueden suponer mis propósitos? Cierto que habrá riesgos y peligros. No se escalan las cumbres sin atravesar precipicios. Si no te sientes con bastante resolución para afrontarlos, entonces no hablemos más. Continúa arrastrando tu miserable existencia, de aventurero sin suerte. No tenemos más que decirnos. Y por lo tanto, ¡adiós!

Fausta se levantó, dirigiéndose hacia la puerta. Mancini, que hasta entonces había parecido preso de una violenta lucha íntima, se irguió bruscamente, y se interpuso en el camino de la intrigante.

—¡No, no te vayas, y escúchame!—exclamó—. Mal me conoces, Fausta, si me supones hombre capaz de retroceder ante los riesgos de una empresa por audaz que sea, cuando vale la pena intentarla.

—Entonces, ¿por qué vacilas?

—Pero si no vacilo, ¡por Baco!, no vacilo. Lo que has confundido con indecisión ha sido estupor y sorpresa.

Y con una carcajada algo forzada añadió:

—Colócate en mi lugar. Hace ya diez años que tasco el freno, y que llevo una existencia de pobre aventurero sin entrever el medio de salir de esta mediocridad, en que vegeto... Y de repente, tú, de quien me creía ya olvidado desde hace tiempo, tú, que ya has franqueado los primeros peldaños de la fortuna, y ante la que se abren perspectivas de la más milagrosa posibilidad, vienes a decirme: "Yo te obsequio con la mitad de mis tesoros, Gino". Y ¡ por todos los diablos!, aunque tenga sólido el seso, nada de extrañar tiene, que permanezca algo alelado en el momento en que me veo súbitamente transportado del infierno en que me agito y bullo, al

umbral del paraíso.

Fausta se echó a reír, convencida.

—Deduzco pues, que estamos de acuerdo. ¿No es así?

Mancini replicó, asiendo las manos de ella y besándoselas con elocuente pasión:

—Plenamente. Sabes que siempre te amé, Fausta...

—No puedo entretenerme más tiempo, Gino. Tengo que estar presente en la fiesta. Ven a verme dentro de dos días. Le hablaré a Rosalba de ti, te presentaré como mi prometido fiel y que hasta ahora prefería permanecer en la sombra, y hablaremos más largamente. Pasado mañana al atardecer, porque al día siguiente emprenderemos el viaje a Venecia. ¿Queda entendido?

—Por completo.

—Entonces, hasta pronto, "caro" esposeo

—Hasta siempre, madona Mancini.

Riendo, ambos abandonaron el oratorio, y de nuevo en la galería de Hércules, se separaron.

La mujer, dirigiéndose hacia la sala del Consejo, se perdió por entre la muchedumbre de invitados.

Gino Mancini abandonó precipitadamente las salas del palacio ducal, como si tuviera prisa por hallarse a solas.

"¡Demonio!", meditaba. "¡Qué situación!"

Pese a la frescura de la noche, secóse de nuevo la frente con manos humedecidas.

"¡Yo, esposo de la Bentivoglio, favorita de Rosalba, que pronto gobernará por poco que se lo proponga en Venecia!"

Anduvo unos pasos, caviloso, apagado su breve entusiasmo.

"Y Fausta sin sospechar que el hombre del cual quiere hacer su esposo y cómplice, está ya casado secretamente desde hace un año... Hubiera debido confesárselo... Pero habría sido cerrarme la puerta que acababa de abrirse ante mí, milagrosamente. ¡Audacia, Gino! A cualquier precio es necesario que Fausta sea mi esposa... Y para ello... ¡Leonora tiene que desaparecer!"

Con paso decidido, aceleró la marcha hacia el viejo barrio del Amo, cerca del puente de Santa-Trinitá.

Siguió la desierta orilla, a lo largo de la cual se alineaban viejas casas que al claro de luna reflejaban sus leprosas fachadas en el agua quieta del río.

Al llegar ante una de aquellas míseras edificaciones, se detuvo, respirando entrecortadamente.

"Estará durmiendo—pensó—. ¡Bah, ya se despertará! Galeazzo Muzio es el hombre que preciso."

* * *

Galeazzo Muzio, nacido de buena familia, pero perezoso, jugador y depravado, había dilapidado en poco tiempo la herencia paterna y joven aun, ya que era aproximadamente de la misma edad que Mancini, había ido cayendo de vicio en vicio hasta los más hondos abismos.

De su primera educación, conservaba no obstante, ciertos modales, distintos a los vulgares de los rufianes, bravis y fulleros con los cuales se trataba.

Era quizá esta particularidad común entre los dos, la que había atraído mutuamente a los dos degradados.

Reconociéronse buena cuna, y no tardaron en ser compañeros de míseras aventuras.

Cuando ya el día empezaba a amanecer, Mancini, después de haber puesto a Galeazzo al corriente de su imprevista conversación con Fausta, estudiaba con su amigo, el mejor método para desembarazarse de la primera esposa que ahora era un obstáculo molesto.

Porque a pesar de que el matrimonio de Mancini y Leonora había sido verificado secretamente, un año antes, no por eso dejaba de subsistir la prueba de haberse realizado y quedaba escrito en los registros de la pequeña iglesia de Lucardi donde había tenido lugar.

—Es evidente—comentó Muzio—que bajo pena de ser bígamo, y arriesgarte a empujar el remo en las galeras, es preciso, una de dos cosas: o que renuncies a casarte con Fausta, o que seas viudo.

—Renunciar a Fausta es renunciar a la fortuna, a los honores... ¿Qué harías tú en mi lugar?

—¡Oh, bien! Yo no lo pensaría siquiera un segundo. Me convertiría en viudo.

—¡Por Baco! ¡Viudo voy a ser!—exclamó Mancini, pegando un puñetazo en la mesa—. Estoy harto de la existencia que llevo. Y he venido para buscar contigo, que tienes el espíritu de inventiva muy fértil, el mejor medio de allanar el obstáculo que se interpone frente a la riqueza y el poderío que puedo alcanzar.

Pero, pese al espíritu de inventiva, que Mancini atribuía a Muzio, varios medios habían ya sido estudiados, sin que ninguno les diera completa satisfacción.

—También... ¡valiente idea tuviste al casarte!— exclamó, de pronto, Galeazzo Muzio—. Se rapta, se seduce, se promete el matrimonio..., pero casarse es de pájaros de corto vuelo. ¿Por qué te casaste, capullo? Te creía más listo...

—¡Por Baco! Muy fácil te es reprocharme lo que es difícil de

evitar. Hace un año yo no tenía más que una idea: Encadenar a Leonora de tal modo, que nadie pudiera arrebatármela.

—¡Diablo! ¿Tanto te gustaba? ¿Era pues la gran pasión?

Encogióse de hombros Gino Mancini.

—Leonora pertenecía a una de las más ricas familias de Milán—contestó.

—¡Ah!... Eso es ya otra cosa. Todo se explica y ya recuperas mi estimación. Pero si ella tiene dinero, ¿por qué la has abandonado?

—Porque no tardé en darme cuenta de que creyendo dar un golpe grande, hice un mal negocio—replicó Mancini, de mal humor.

Dos años antes, Gino Mancini había juzgado prudente alejarse por una temporada de Florencia, a raíz de un asunto bastante turbio. Se fué a Milán, donde logró introducirse en la familia de un rico mercader de la ciudad, Antonio Cipriani, quien tenía una hija, muy hermosa, llamada Leonora.

Atraído más por la dote que por la belleza de Leonora, Mancini decidió intentar suerte.

Elegante y con prestancia, no tardó en conquistar a la joven. Pero, desgraciadamente, no ocurrió lo mismo con el padre.

Antonio Cipriani, adivinando al aventurero, bajo las apariencias del gentilhombre, rehusó conceder la mano de su hija, cerrándole las puertas de su casa.

Pero Mancini, no se declaró vencido. Persuadido de que Cipriani cedería ante el temor de un escándalo y ante los hechos consumados, logró, jugando la comedia de la pasión y amenazando matarse, enloquecer a la pobre muchacha, que le amaba.

Y la hizo huir con él, para casarse secretamente y crear entre ambos un lazo indisoluble, pero Antonio Cipriani no cedió ante el infame procedimiento.

Declaró que puesto que su hija había despreciado la paterna autoridad, había dejado de existir para él.

Las súplicas de Lorenzo, el hermano de Leonora, no bastaron a vencer la obstinación del anciano mercader milanés, y Mancini, burlado en sus bajos cálculos y que había contado con la hija del rico para gozar de un vivir cómodo y lujoso, se encontró con que tenía que mantener a una esposa pobre.

Cuando al cabo de algunos meses ya quedó convencido de que nada ni nadie lograrían ablandar a Antonio Cipriani, y que le era preciso decir adiós a la dote deseada, no vaciló en abandonar a su mujer.

Una mañana desapareció, dejándola en Livorno, donde habían ido a residir, y sin más preocuparse de ella, regresó a Florencia.

Al terminar de oír el relato, Galeazzo Muzio lanzó una exclamación, a la vez que se se daba una palmada en la frente:

—¡Eureka! Creo que ya he dado con la solución del problema. ¿Tienes en tu poder alguna carta de Leonora, o alguna línea escrita por ella?

—Deben quedarme algunas de las cartas que me escribió.

—Entonces, ¡ya está resuelto el asunto!

—¿Qué quieres hacer con su letra?

—Imitarla.

—Aclárame, porque no entiendo lo que te propones.

—Suponte que, dentro de unos días, encuentran a la pobrecita Leonora Cipriani muerta. Y que se le halla un papelito escrito y firmado con su letra, declarando que cansada de su miserable existencia, da fin voluntariamente a sus días. He aquí una muerte de la cual no se puede acusar a nadie más que a ella misma. La justicia deciara que hubo suicidio, y "sanseacabó".

Mancini reflexionó unos momentos:

—La dificultad está en poder imitar con perfección la letra de modo que nadie se dé cuenta de la falsificación,

—Déjalo de mi cuenta. Procúrame tan sólo tres líneas de la hermosa, y yo me encargo de fabricar una carta que ella misma juraría convencida que la había escrito. Trabajé algún tiempo con un judío napolitano que se ganaba muy honestamente la vida fabricando falsos testamentos, y adquirí un talento que no he perdido.

Y la mueca de Galeazzo Muzio daba a entender que él valía mucho más de lo que podían los demás suponerse.

Pero cuando Mancini le declaró que contaba absolutamente con él para llevar a ejecución el plan por completo, Galeazzo Muzio cambió la mueca prometedora.

Ahora denotaba una reticente negativa.

Comprendió inmediatamente Mancini que lo que el otro quería era valorar al máximo su servicio.

—Hablemos claro, Galeazzo. Yo te necesito. No pueden verme en Livorno rondando la casa de Leonora. Dime tus condiciones y te prometo que de antemano las acepto.

—¡Albricias!—rió Galeazzo—. Al menos vas al bulto rectamente. Es un placer tratar contigo, voy a seguir tu ejemplo. ¿Fausta te hace participar de su buena suerte? Hazme participar de la tuya. En una palabra, quiero seguirte hasta el final de tu ascensión y recibir mi parte de los beneficios, o romperme el cuello contigo si fracasas.

—Aceptado. Tienes mi promesa.

—Es que además de tu promesa quiero otra cosa.

—¿Cuál?

—Algo que me permitiera recordarte la promesa, si por casualidad algún día la echaras en olvido.

—Tu confianza me abruma.

—No seamos sarcásticos, Gino. Ya conoces nuestro proverbio, aprendido en la dura escuela de la necesidad de alimentarse a diario: “Cuando pasa el peligro, nadie se acuerda del santo”.

—Para santo te falta virtud y te sobra descaro. En fin, dime: ¿qué es lo que quieres?

Galeazzo fué a buscar un cofre, una pluma, papel y tintero, que colocó en la mesa delante de Mancini, al cual ofreció la pluma.

—Deseo tan sólo que me escribas esta frase sencillísima: “Yo, Gino Mancini, declaro haber enviado a Galeazzo Muzio, hoy, diez de noviembre de 1487 a Livorno, y afirmo que lo que allá hizo estaba de acuerdo con mis instrucciones”.

Mancini arrojó la pluma sobre la mesa.

—No puedo escribir eso. Es demasiado comprometedor, ¿Para qué lo necesitas?

—Espero nunca necesitarlo. Sin embargo, prefiero tenerlo... Es un modo de...

—¿Tenerme en tu poder?

—Hombre, ¡sí! Estamos en el terreno de los negocios. Y en negocios, las cuentas claras, porque no son suficientes las promesas. Se piden garantías. Mi garantía es ésta.

—Pero, este escrito lo puedes perder. Puede caer accidentalmente en manos ajenas.

—¿Y aunque así fuera? En estas líneas no se leería más que la insignificante noticia de que me enviaste a Livorno y que allí cumplí lo que me ordenaste. No es comprometedor. Este documento no será jamás un arma contra ti, más que entre mis manos, y por los comentarios, que sólo yo estaría en condiciones de añadir a la lectura de este inocente escrito. Pero para que yo usase de esta ama, sería preciso que, olvidando el servicio prestado, te comportaras muy mal conmigo. Anda, no hagas tantos remilgos, escribe.

Galeazzo colocó la pluma entre los dedos de Mancini. Éste no se decidía, y presentaba nuevas objeciones.

—Tú me has pedido mis condiciones. Helas aquí, —dijo Muzio en tono tajante—. Lo tomas o lo dejas.

Mancini comprendió que debía prescindir de Galeazzo Muzio y ya era tarde, o soportar sus exigencias.

Con mano febril mojó la pluma en la tinta, y fue escribiendo lo

que dictó Muzio.

Galeazzo, después de haber leído, dobló el papel, que insertó cuidadosamente en su jubón.

—De ahora en adelante, puedes contar conmigo como contigo mismo. Me proporcionarás las cartas de Leonora, y esta misma tarde me pondré al trabajo. Mañana estableceré mi plan de campaña, y pasado mañana, rumbo a Livorno.

Mancini, pálido, los dientes apretados, pasó sin decir nada, una mano temblorosa por su rostro húmedo de frío sudor,

Galeazzo Muzio se hizo campechano y jovial:

—Si tienes miedo, no hay nada de lo dicho, ¿sabes? Aun estás a tiempo de renunciar.

—¡No!—exclamó Mancini, irguiéndose—. ¡Ya está decidido!

Y empuñando con gesto nervioso el frasco de vino que Galeazzo Muzio acababa de depositar sobre la mesa con dos jarrillos, los llenó hasta el borde.

—¡Por nuestra futura fortuna!—brindó.

—¡Y por nuestra leal amistad!—replicó Galeazzo.

Bebieron ambos. Mancini con avidez febril. Muzio, con serenidad de bebedor que acaba de conversar plácidamente.

Gino Mancini envolvióse en su capa, y estrechó mudamente la mano de su cómplice. Abandonó la bahurda.

Apenas se hubo ido el futuro esposo de Fausta Bentivoglio, Galeazzo Muzio frotóse las manos con vigorosa complacencia.

—Al trabajo—murmuró contento.

Y por tal entendió irse a dormir, en espera de recibir las cartas que debía remitirle Mancini.

Éste las trajo personalmente, y asistió a los ensayos que iba haciendo Muzio, hasta que maravillóse él mismo, viendo cómo el falsificador escribía y firmaba exactamente igual como años antes hiciera Leonora Cipriani.

I I

Leonora Cipriani ocupaba todavía en Livorno el mismo alojamiento que había habitado con Mancini cuando un año antes vino a residir con él allí, para cuatro meses más tarde quedar abandonada.

Galeazzo Muzio no tuvo pues ninguna dificultad en encontrar la huella de la joven, cuando por la mañana del doce de noviembre llegó a la ciudad de Livorno.

La muy humilde casa donde se alojaba Leonora estaba situada en una de las numerosas callejuelas del barrio del puerto.

Una puerta daba acceso al pasillo, donde arrancaba una estrecha y sombría escalera que conducía a los dos rellanos del edificio, y a cada lado del pasillo, se abrían las cuatro puertas de los alojamientos de la planta baja, de los cuales dos daban a la calle y los otros dos a un patio interior.

Galeazzo Muzio sabía por Mancini que Leonora ocupaba el alojamiento de la derecha lindante con el patio, y que este alojamiento se componía de una sola habitación.

Además poseía una llave de esta habitación, la misma que Mancini habíase llevado consigo inadvertidamente, cuando ocho meses antes había abandonado repentinamente Livorno, su alojamiento, y a Leonora.

El cómplice de Mancini fué a colocarse al acecho cerca de la casa, escondiéndose en un portal fronterizo.

Permaneció así bastante tiempo, sin quitar la vista de encima del portal de la casa que le interesaba.

Vió salir progresivamente a casi todos les inquilinos, hombres o mujeres, que se dirigían a sus menesteres.

Por fin, vió a una mujer, hermosa a pesar de las huellas que el dolor y las privaciones imprimían a sus rasgos y a la pobreza de su vestimenta.

Por la descripción de Mancini, reconoció a Leonora. La siguió con la mirada, y la vió alejarse y desaparecer por la esquina.

—Este es el momento—murmuró.

Salió de su escondite y se dirigió hacia la casa. Después de asegurarse que el pasillo estaba desierto, se deslizó sin ruido y, alcanzando la segunda puerta a la derecha, la abrió con la llave y entró.

El primer objeto que llamó su atención fué una cuna, en la cual

dormía una criatura.

—¡Diablos! exclamó, estupefacto—. Mancini me habló de su esposa, pero nada me dijo del mamoncete.

Mancini ignoraba la existencia de la niña, nacida ocho meses después de su huida de Livorno,

Galeazzo Muzio quedó unos instantes perplejo delante de la cuna donde apaciblemente dormía la criatura.

—Bueno..—musitó—. No resulta indiscreto a esta edad.

Y sin más preocuparse por ello, empezó a examinar el cuarto en que se hallaba.

En la chimenea, una olla suspendida por una cadena, hervía encima de un fuego de leños.

Muzio aproximóse a la chimenea, levantó la tapa de la olla, y examinó el contenido.

—El almuerzo de la "signora" Leonora—murmuró, sardónico—. ¡Albricias! Añadiré un condimento.

Sacó de su bolsillo un frasquito lleno de un líquido incoloro. Se disponía a destaparlo para vaciar el contenido en la olla, cuando de repente oyó rumor de voces en el pasillo.

—¡Diablos! La "signora" regresa—balbució, palideciendo.

Miró a su alrededor, buscando un escondite. Se tendió de bruces en el suelo, y se deslizó bajo el lecho.

Apenas había realizado su acto, cuando Leonora entraba acompañada de una vecina.

—No me vais a despreciar lo que os ofrezco de todo corazón, madona Leonora—-decía la mujer—. Un poco de mantequilla y media docena de huevos. ¡Total, nada! Hemos recibido tres docenas del campo enviados por mis padres.

—No sé cómo agradeceros todas las atenciones que para mí tenéis—replicó Leonora, con emoción.

—Yo quisiera ser rica para poder hacer más, porque ¡por la Santa Virgen! es muy lamentable ver una dulce y bonita criatura como vos, soportar una situación para la cual, muy segura estoy, no nacisteis ni fuisteis preparada.

—Yo así lo quise—suspiró Leonora—. Ya conocéis mi historia. Es por mi culpa...

Y llevóse las manos al rostro para ocultar las lágrimas.

—Vamos, vamos—dijo la vecina, compasiva—. No os dejéis llevar por la amargura. Esto no durará siempre. ¿No me dijisteis que habíais recibido una carta de vuestro hermano que os daba muchas esperanzas y muy buenas noticias?

—Sí. Una larga carta de mi querido Lorenzo, quien me

anunciaba que continuando mi padre siempre inflexible a pesar de todas sus intercesiones a mi favor, tuvo la idea de hacer intervenir a un santo varón, un dominico del convento de San Francisco, fra Gismondo. Lorenzo me decía que mi padre estaba impresionado por las palabras de misericordia que el religioso le dirigió, y que por vez primera, había aceptado la posibilidad de perdonarme, bajo ciertas condiciones.

—¿Cuáles, si no me juzgáis indiscreta?

Leonora se levantó y fué a coger de un cofrecito colocado sobre un bargueño, una carta que tendió a su compañera.

—Leed—indicó, señalándole un párrafo.

La vecina, leyó en voz baja y con bastante dificultad el párrafo indicado y cuando hubo terminado, manifestó, al devolver la carta:

—Es bastante natural, hija mía, que vuestro padre no quiera que reaparezcáis por Milán después de vuestra triste aventura, permanecer seis meses en un convento, separada de vuestra hijita, es penoso. Pero seis meses pasan pronto, y en este tiempo vuestro padre podrá liquidar sus asuntos en Milán, y residir en otra ciudad donde no os conozcan, para abrir un nuevo hogar. Creo que son condiciones muy aceptables...

—¡Ah, Dios mío! Yo aceptaría todos los castigos. Así lo he escrito a Lorenzo. Pero hace más de un mes de esto... Y desde entonces no he recibido respuesta. Ved las últimas palabras de la carta: “Si consientes en lo que quiere nuestro padre, fra Gismondo irá a visitarte. Te indicará el convento donde deberás esperar a reunirte con nosotros. Contesta pronto, en vista de las nuevas disposiciones de nuestro padre”. Desgraciadamente, fra Gismondo no ha venido, y a cada día que pasa, mi esperanza disminuye.

Las dos mujeres permanecieron unos instantes silenciosas y, por fin, la vecina levantóse, diciendo:

—Es hora de que me ocupe de mi casa.

Se dió cuenta que durante la conversación el fuego se había apagado en la chimenea y exclamó:

—¡Vaya! Es mi culpa. Os hago charlar, y charlando…

—No os preocupéis. Volveré a encenderlo al regresar.

—No, no. Dejadme vuestra llave, y ya que el fuego se ha apagado, me llevaré la olla para colocarla en mi hogar, y así, cuando volváis, encontraréis vuestra “polenta” preparada.

Descolgó la olla y se encaminó hasta la puerta, desde donde antes de salir, dijo:

—Y no desesperéis. Ya veréis como todo se arreglará.

Leonora sacudió con aire de duda la cabeza. Volvió a colocar en

el cofrecito la carta de su hermano, y acercándose a la cuna, contempló con ternura sonriente a la dormida criatura.

Le rozó la frente con un beso y salió.

Cuando la puerta se hubo cerrado y el rumor de pasos cesó, Galeazzo salió arrastrándose de debajo del lecho,

—¡Ya era hora!—gruñó, levantándose y desentumeciendo sus miembros hormigueantes por la postura—. No se estaba nada cómodo ahí debajo. Y esa maldita comadre que se lleva la olla... Me ha complicado las cosas. Felizmente he oido una charla muy interesante.

Galeazzo Muzio abrió con precaución la puerta, y asomó la cabeza. No había nadie en el pasillo.

Cerró sin ruido la puerta y pisando tenuemente, sobre la punta de los pies, salió a la calle.

* * *

El día empezaba a declinar. Leonora, sentada cerca de la ventana, se apresuraba a dar los últimas toques a un trabajo de bordado, que quería terminar antes de la noche.

Tres golpes dados en su puerta, la hicieron erguir la cabeza. Fué a abrir y permaneció muda de sorpresa, al divisar delante de ella, en la penumbra, el blanco hábito de un dominico.

—¿La "signora" Leonora Cipriani?—preguntó el religioso.

—Soy yo, padre—replicó la joven, pudiendo apenas hablar por la emoción que la embargaba—. ¿Seréis... seréis por ventura fra Gismondo?

—El mismo. ¿No me esperabais, hija mía? Sin embargo, mi visita os ha debido ser anticipada por vuestro hermano Lorenzo. Os escribió la semana pasada.

—No he recibido carta suya desde el mes pasado.

—Entonces, su carta se habrá extraviado.

Leonora invitó a pasar al monje.

—Ya que estáis aquí, reverendo—preguntó, con temor—. ¿Debo esperar... debo confiar en el perdón de mi padre?

—Sí, hija mía. Antonio Cipriani consiente en perdonar la ofensa... siempre y cuando cumpláis las condiciones que os comunicó vuestro hermano. Lorenzo.

—Este perdón... ¡es a vos a quien lo debo!

Y la pobre mujer, arrodillándose, besó la diestra del que suponía ser fra Gismondo.

Galeazzo Muzio la obligó a levantarse, diciendo, con voz grave y paternal:

—No es a mí a quien debéis gratitud, hija mía, sino a la misericordia de Antonio Cipriani. Y ahora—continuó, sentándose— he aquí lo convenido. Partiréis mañana para entrar en el convento donde ya os esperan aquellas santas mujeres. Una carroza os vendrá a buscar al amanecer.

—¿Y mi hija, mi pequeña Violeta? ¿Dónde está la persona a quien debo confiársela? Mi hermano, en su carta, me anunciaba que vos traeríais aquí a esta persona. ¿Dónde está ?

El supuesto dominico, vaciló unos instantes.

—Sí, sí, vino conmigo, pero dada la índole de nuestra primera entrevista, me ha parecido preferible que no asistiera a nuestra conversación. La dejé, pues, en el mesón donde me alojo. Yo le llevaré vuestra criatura.

—¡Dios mío!—gimió la desgraciada, cuyo corazón se desgarraba al pensamiento de tener que separarse de su hija—. ¿Estáis seguro de que mi pequeña estará bien cuidada?

—No tengáis la menor duda ni temor. La entregaré a manos de una excelente nodriza que la cuidará como a sus propios hijos.

Un sollozo se ahogó en la gaganta de Leonora.

—Estáis pálida. Os encontráis mal.

Y pese a las protestas de Leonora, el falso monje se levantó precipitadamente, y fué a coger una jarra de agua colocada sobre un mueble, llenando con ella un jarrillo de estaño.

Al volver a depositar la jarra, se colocó de forma que Leonora no podía verle verter en el jarrillo el contenido de un frasquito que llevaba escondido en una de las anchas mangas del hábito adquirido en casa de un sastre dedicado a proveer a las comunidades religiosas.

—Bebed, hija mía. Esto os repondrá y descansará.

Leonora llevóse el jarrillo a los labios. Bebió ansiosamente, y depositó el recipiente vacío encima de la mesa.

—Vamos, valor, hija mía. Entregadme vuestra hija.

—¿Ya? ¿Tan pronto? Dejádmela unos momentos más—imploró ella.

—Tengo que conducir a su casa a la excelente matrona a la cual confiamos la pequeñuela y velar por su instalación. No quiero ponerme en camino de noche. Abundan los maleantes.

Leonora se acercó a la cuna, levantó en sus brazos al bebé, que abrazó largamente y lo envolvió en los pañales y en una manta.

Mientras que se entregaba ensimismada a esta operación, el falso dominico acercóse al bargueño sobre el cual estaba el cofrecito.

Reclinóse contra el mueble, y con la mano zurda, colocada tras la espalda, deslizó un papel doblado bajo el cofrecito.

De repente, la joven vaciló y, tambaleándose, se apoyó en la cuna, como si fuera a desmayarse.

—Daos prisa, hija mía. Pronto será de noche. ¿Habéis terminado?

—Sí, sí...—balbució la madre, abrazando convulsivamente a su hija por última vez—. ¿Me darán noticias suyas, verdad?—interrogó suplicante, mientras entregaba la pequeña Violeta al que creía era fra Gismondo.

—Sin duda alguna. Cada semana yo mismo os visitaré. No os atormentéis más. Consolaos con la idea que esta es la última... la última desgracia que os ocurre, y aceptadla con resignación.

—Sí, padre. Os prometo ser valerosa.

—Adiós, hija mía. Pero, ¿qué digo? Adiós, no; hasta pronto.

Envolviendo la criatura con el vuelo de su hábito, Galeazzo Muzio se dirigió a la puerta, la abrió y marchóse.

Leonora lanzó un gemido y tendió desesperada los brazos hacia donde acababa de ver desaparecer a su hijita, como si quisiera retenerla a su lado.

Quiso andar, pero sintió sus piernas flaquear bajo ella y tuvo que apoyarse en un travesaño del lecho para no caer.

Al mismo tiempo, dióse cuenta de que un sudor frío le invadía todo el cuerpo.

Supuso que aquel extraño malestar se debía al dolor de separarse de su linda Violeta. Sería un malestar pasajero... Pero en vez de amenguar, aumentaba de minuto en minuto.

Tuvo miedo y quiso golpear el tabique para llamar a su vecina. No pudo alcanzarlo. La acometió el vértigo, y tendió instintivamente las dos manos para sujetarse a algo, asiéndose al reborde del mueble bargueño.

En el movimiento que hizo, ladeó el cofrecito que, desplazándose, descubrió el papel allí puesto por Galeazzo Muzio.

Leonora no recordaba haberlo puesto allí. Lo abrió y reconoció asombrada su propia escritura.

Quiso leer, pero las letras bailaban delante de sus enturbiadas pupilas. Consiguió, con mucho esfuerzo, leer:

> “La existencia se ha convertido para mí en un fardo insoportable. Que nadie sea acusado de mi muerte, y que Dios me perdone, como yo perdono a los que me han conducido a este fatal desenlace desesperado.

Creyóse juguete de un delirio. Pero bajo sus ojos tenía aquella carta, escrita de su puño y letra, el parecer, anunciando. su voluntad de darse muerte.

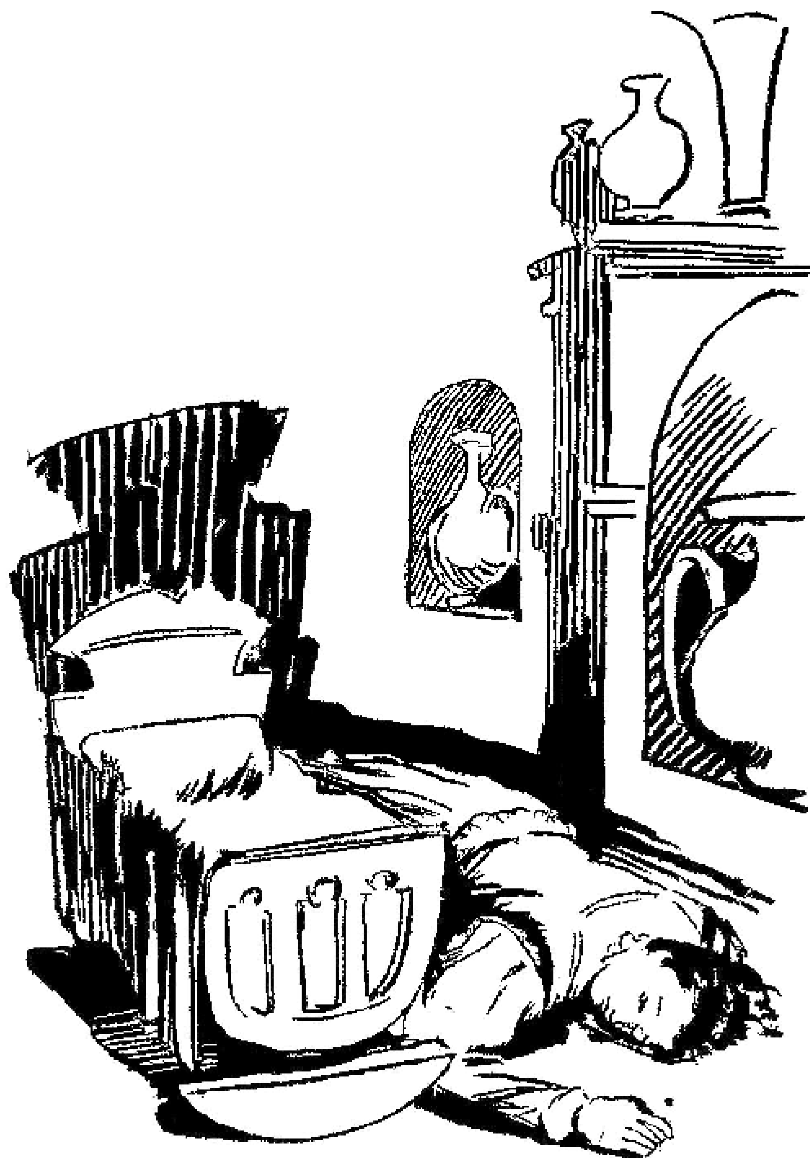
Cayó pesadamente, arrodillada, y trató de arrastrarse hacia la puerta. Un estertor se escapó de su pecho, arañó el aire con las manos engarfiadas y cayó como fulminada, de bruces.

Y en la triste habitación iluminada apenas por la vacilante luz de una vela, Leonora Cipriani, arrugando entre sus dedos crispados, el papel escrito por Galeazzo, yacía muerta cerca de la cuna vacía.

* * *

Apenas hubo salido, Galeazzo Muzio se encaminó a largas zancadas por el laberinto de tortuosas callejas del barrio portuario.

Cuando desembocó en los muelles, la noche era completa y la penumbra invadía todos los rincones.



Leonora yacía muerta, cerca de la cuna vacía

Silencioso estaba el desierto muelle. Galeazzo reflexionaba en la mejor manera de desembarazarse de su fardo vivo, cuando divisó una gabarra cuya popa rozaba el borde pétreo del muelle.

La popa estaba repleta de cajas, barriles y sacos llenos, cubiertos a medias por una tela embreada destinada a proteger la carga, en el curso del viaje por mar, contra la intemperie.

Aproximóse lentamente mirando en rededor, cautelosamente. No habia sombra alguna de silueta humana...

“¡Por Baco! Esta es la solución—meditó Galeazzo—. Esta barcaza se hará a la mar y asunto terminado”.

Ya junto a la gabarra, volvió a mirar y acostumbrados sus ojos a la reinante obscuridad, dióse cuenta de que ni en cubierta ni a ambos costados había nadie.

Le bastó una zancada para pasar del muelle a la popa de la gabarra. Levantó una esquina de la tela embreada y depositó a la niña, envuelta en su manta, en medio de cajas y barriles.

Violeta Mancini, grandemente abiertos los ojos azules, sonreía… Sus manecitas se agitaron en el aire, como si pretendiera caricias del hombre que, inclinado sobre ella, la miró unos instantes.

Endurecido, depravado, totalmente insensible como es corriente entre seres ya caidos por completo en los abismos del crimen, no pudo, sin embargo, Galeazzo Muzio, evitarse un estremecimiento.

El candor, la pureza inocente de aquella criatura, cuyo destino de huérfana nadie podía prever, conmovió una secreta fibra en el roquizo corazón del malvado.

Pero pensó en Venecia, en el poder, en la favorita de la futura dogaresa, en una vida de lujos y en las grandes posibilidades que se le presentarían de enriquecerse fabulosamente…

Y con gesto brusco, cubrió a la sonriente niña con la tela, y saltó de nuevo al muelle.

Había pasado el breve instante de humanitarismo…

“Ahora que la *bambina* deja de ser un estorbo, me sobra también esta ropa”.

Quitóse el hábito, lo hizo un amasijo colocando piedras en su interior, y lo lanzó al agua.

“¡E finita la commedia!—ironizó, cínicamente—. ¡El excelso “*signore*” Mancini puede ya casarse sin trabas con Fausta Bentivoglio!

III

La gabarra no llevaba nombre alguno ni insignia. Era tripulada por dos marinos españoles enrolados a las órdenes de un famoso corsario francés.

El motivo por el que la gabarra se encontraba recalando en el puerto de Livorno, era recoger provisiones para surtir el velero corsario, que manteníase al pairo a unas dos leguas.

Al capitán Juliot Legars no le interesaba ser recibido a estampidos de bombarda por las fortalezas italianas y por eso enviaba a sus dos hombres de más confianza: los españoles Cayo y Plicarpo.

Cayo era alto y flaco. Policarpo, pequeño y gordo. El primero tenía un perfil de hoja de cuchillo, y el otro una faz rubicunda y mofletuda .

Estos dos seres que hacía muchos años eran inseparables, y que se hubieran hecho matar el uno para salvar al otro, pasaban la mayor parte del tiempo en riña continua.

Bastaba que Cayo dijera “blanco” para que inmediatamente Policarpo replicara “negro”, y después de larga disputa acababan por reconocer que ambos estaban de acuerdo.

El trece de noviembre, al amanecer, la gabarra terminada ya la carga, largaba velas abandonando Livorno, después que ambos, con permiso del capitán Legars, hubieron recorrido con prudencia las tabernas en busca de vino español.

Cayo lo bebía tinto y avinagrado. Policarpo, blanco y dulzón. Por fin, no encontrándolo, mezclaron vino dulce y áspero.

La gabarra llevaba ya recorrida una legua, y bogaba en plena mar. Repentinamente, Cayo miró alrededor suyo.

—¿Qué buscas?—preguntó Policarpo, con un arqueo de cejas que daba a entender que tenía escasísima confianza en las dotes cerebrales de su compañero.

—Como buscar, nada busco. Pero me pareció haber oído algo así como un maullido.

Policarpo alzó los hombros en un gesto resignado.

—Tienes resaca, pelmazo. Cuando no se aguanta la bebida, se chupa uno el dedo pulgar. ¿Es que te tragaste un gato, o adoptaste un minino en Livorno?

—Ni tragué ni adopté gato alguno.

—Entonces, ¿cómo por los cuernos de Belcebú puedes oír

maullidos? Lo que has oído es crujir la driza que rechina sobre la cabria. Ya te dije que no estaba bastante tensa.

—¿Que no está tensa? Lo que sucede es que está demasiado tensa.

A mitad de la discusión iniciada con abundancia de imprecaciones y apostrofes, Policarpo callóse para inclinar la cabeza, tendiendo el oído, y con ademán perentorio, conminó a callarse a Cayo.

—¡Anda, esto sí que es curioso! También me parece haber oído algo semejante a un balido.

—¿Te tragaste una oveja, cariño?

Pero el inexplicable sonido parecido a un débil lamento, volvió a repetirse.

—¡Procede de ahí debajo!—exclamaron juntamente, señalando la tela embreada.

Cayo levantó la tela, y Policarpo se coló debajo.

—¡Por cien mil pares de sables!—exclamó.

Y reapareció sosteniendo entre sus brazos una criatura.

Cayo abrió la boca y sus ojos se redondearon, estupefactos.

—¡Tripas a la vinagreta! ¡Un rorro! ¡Esto sí que es asombroso! ¡Un crío a bordo!

—Es una niña y no un crío. Estaba metida entre un barril de aceite y una caja de tocino salado.

Ambos miráronse completamente atónitos.¡

—¿Pero cómo mil pares de chispas, se encuentra aquí esta linda muñeca?

—Pues… serán los padres que la habrán abandonado.

—¡Hombre, de esto ya me doy cuenta! Lo que yo pregunto es ¿qué hacemos con ella?

—Pues, ¡yo qué sé! Tal vez devolverla...



...y reapareció, sosteniendo entre sus brazos a una criatura.

—¿A quién? Comprenderás, pedazo de atún, que si la han abandonado no vendrán a reclamarla. Además, que el capitán nos ordenó estar de vuelta a las diez; falta media hora y tenemos viento de popa.

La criatura no cesaba de lloriquear mansamente.

—¡Demontres! Tiene frio—declaró Policarpo.

—¡Rayos encendidos! Tiene hambre — afirmó Cayo.

—Te digo que tiene frio, ¡carape! No puede ser otra cosa, con este viento infernal que se ha levantado. Hay que taparla.

—Yo te digo que tiene hambre. Es natural. Hay que darle de comer cualquier cosa.

Empezó otra discusión y al final se pusieron de acuerdo en que la pequeña tenia hambre y frió.

Policarpo se quitó la capa y envolvió a la niña.

—Es preciso darle leche—afirmó Cayo.

—¿Leche? Tienes tú mucha gracia, sin ser gracioso. Si sabes dónde encontrar una cabra, una vaca, o una nodriza a bordo de esta gabarra, dame la dirección.

—Yo no be dicho que le demos leche, sino que sería preciso procurar darle leche.

Si, pero no podemos. Hay vino, y también aguardiente, pero tengo la vaga sospecha de que no le sentarían bien.

Después de laboriosa discusión en que ambos se acusaron coléricamente de carecer de todo sentido común, Cayo propuso agua con miel.

—El agua hace daño a las personas mayores, pero no a los crios de corta edad.

— La miel es como el azúcar. Alimenta y endulza.

Buscaron en el cargamento y hallaron ambas cosas, y mientras el uno preparaba la bebida, el otro miraba a la niña como si viera el más asombroso de los fenómenos.

Les costó algún trabajo llegar a la conclusión de que la niña no sabía servirse de sus manos, y mucho menos beber a gollete como la instaban.

Retorcieron un extremo de los pañales, y empapándolo, lo colocaron entre los infantiles labios, consiguiendo asi su propósito.

Y Violeta Mancini Cipriani, aquietada, durmió.

Cayo se paseaba cada vez más preocupado, a medida que en el horizonte se iba agrandando la silueta del velero corsario.

—Oye, Policarpo; acércate que tenemos que hablar.

—No puedo moverme.

—¿Y por qué, pedazo de alcornoque?

—La pequeñaja me agarra.

Cayo se acercó y lo encontró meciendo torpemente a la niña, que rodeaba con la manita cerrada uno de los gruesos dedos del marino.

—¿Qué quieres?—inquirió Policarpo, en voz baja, sin moverse ni apenas respirar.

—Estamos listos,

—¿Por qué?

—Cuando el patrón nos vea izar “esto”… nos tira a los tres de cabeza al mar.

—¡Carape! Pues es verdad… Si está en uno de sus días malos, nos cuelga de los pulgares.

—Sí, pero, ¿y qué hacemos?

—Si contra viento, regresamos a Livorno, ¿qué pasará?

—Que el patrón, como volveremos tarde, nos hará túrdigas el pellejo a latigazo seco.

—Y que la chiquilla… pues la llevarían a un asilo… Y allá dentro no se debe ser muy feliz.

Por una vez, el otro no discutió. Agachó la cabeza, y dijo:

—Cierto. Tienes razón.

—A lo mejor, el patrón está de buenas. Es listo, sabe mucho… y a veces parece una persona. El decidirá; ¿qué te parece?

—Muy bien pensado. El capitán Juliot Legars decidirá.

Poco después, cohibidos y temerosos, cuando la carga estuvo ya a bordo e izada la gabarra, Cayo y Policarpo, dándose mutuamente valor a fuerza de codazos, avanzaron hacia el puente de mando, donde Juliot Legars, pálido, sombrío y silencioso, como hombre que desde su adolescencia desafiaba de continuo la muerte, manteníase brazos cruzados, dando estentóreas órdenes de maniobra para tomar rumbo hacia Marsella.

Cuando ya la maniobra terminó, el capitán Legars miró hacia abajo, fruncido el ceño.

Había oído el llanto de Violeta Mancini.

—¿Qué necia chanza se os ocurrió, par de asnos?

“Tormentoso está el día”, pensaron ambos.

Por fin habló Cayo:

—Pues… estábamos ya cerca del velero, mi capitán, cuando oímos un maullido,

—Un balido, mi capitán.

—Era “esto”…

Juliot Legars, hinchada en la frente una vena, “la nube primera de la borrasca”, vociferó:

—¿Es que mi nave es una cuna? ¡Tirad “esto” al mar, borricos!

Sumisamente, Policarpo agachó la cabeza. Cayo mordióse el labio inferior y, dispuesto a todo, musitó:

—Es una niña, mi capitán. Tiene apenas un mes. Es preciosa, con unos ojazos de cielo en calma.

—¡Os voy a despellejar, bergantes! ¡Arroja el “paquete”, terco

mulo! ¡Presto o bajo! ¡Tíralo hacia acá!

Con rostro de mártir, Policarpo obedeció, lanzando hacia arriba la envoltura que contenía a la criatura.

Juliot Legars, hercúleo, joven y de arrogante figura imperiosa, recibió entre los brazos arqueados a Violeta.

La niña cesó de llorar. El vaivén la hizo sonreír... Juliot Legars miró con irritación el pedazo de carne sonrosada.

Alzó en el aire el envoltorio. Los suplicantes rostros que desde abajo alzaban Cayo y Policarpo le enervaron.

Descendió de nuevo los brazos y tosió. Sentía contra su velludo pecho, por entre la abertura de la camisa, el tibio contacto de la manecita infantil.

Miró. Parecía como si Violeta Mancini contemplase extrañada los negros rizos que caracoleaban entre sus minúsculos dedos.

—Suelta, mocosa—dijo, tenuemente, el corsario.

Esbozó una sonrisa, porque ella alzando el rostro, sonreía. Y el reflejo de los rayos solares hacia parpadear a Violeta, que, frunciendo la naricita, semejaba estar guiñando...

—Tunante...—masculló el corsario—. Ya sabe hacer cucamonas...

Miró fieramente hacia abajo.

—¡Malditos seáis, zopencos, por complicarme la vida! Id a la cala. Yo decidiré.

Cayo y Policarpo alejáronse apresuradamente, dándose codazos de satisfacción.

—¿No ves como te dije que nada pasaría?

—Eso aseguré yo. No te des tú ahora importancia...

Y penetraron en la cala discutiendo.

El velero emproaba, con airoso cabeceo. El bamboleo de la nave, aumentaba la sonrisa de la niña.

Miró el corsario hacia el mar. Alzó a la criatura. Y, de pronto, torció la boca en mueca indefinible. Volvió a mantenerla contra el pecho.

Lentamente, murmuró:

—¡Maldición! Yo no soy un innoble asesino. ¡Soy Julio Legars, un hombre cabal y el mejor corsario del rey! En Marsella ya decidiré yo que haré contigo, paloma.

Alzó la vista y mudó la voz, que ahora, bronca, imprecó:

—¡Tensad los obenques, picaros! ¡Y al primero que se sonría, le rebano la nuez, mal rayo me parta!

PRIMERA PARTE

EL PUNTAL EN LAS TINIEBLAS

Capítulo I

UN VELERO EN LITIGIO

El Adriático, era en los albores del siglo XVI, uno de los mares más peligrosos y transitados del mundo.

Peligroso, porque las naves venecianas lo surcaban en doble misión: proteger sus naves mercantes de los ataques de sus poderosos enemigos, y hundir cuantos bajeles no fueran reconocidos como amigos de la Serenísima República del León Adriático.

Transitado, porque de continuo, galeras y góndolas, costeaban en acecho contra posibles ataques turcos, desde que la Señoría, los sagaces componentes del Consejo de los Diez, bien informados, estaban en antecedentes de que Mahomed II, cuya sueño dorado era reinar en la ciudad de los canales, había recibido de los demás estados italianos, la seguridad de que no harían causa común con Venecia si ésta fuera atacada por los ejércitos turcos de desembarco (histórico).

Venecia se sabía rica y envidiada y por esto mismo, multiplicaba las medidas de prudente vigilancia. No confiaba la Señoría en nadie que a su servicio estuviera.

Pero gracias a un organizadísimo espionaje, que era el puntal de su poderío, reprimía prontamente las traiciones y sobornos.

Y amplios eran los fosos y muchos los verdugos. No obstante, estaba demostrado que fuera por lo que fuese, los hombres de mar al servicio de Venecia, eran poco propensos a traiciones, y casi merecían confianza en comparación con los demás asalariados.

Una galera de remos cuyos galeotes no eran cautivos, sino procedentes de leva, especie de servicio obligatorio que por dos años ejercían súbditos venecianos, avistó cierto amanecer un velero blanco, airoso de líneas, que emproaba hacia el Norte, remontando el Adriático.

El oficial comandante, sintió bastante perplejidad al divisar por su anteojo que aquel velero que llevaba como mascarón de proa figura de amorcillo cabalgando un venablo, no lucía enseña ni pabellón alguno que le permitiera identificarlo.

Era marino avezado, y juzgó que si hubieran sido piratas argelinos, griegos o turcos, no habrían navegado solitarios, y si

franceses o ingleses, hubieran enarbolado falso pabellón, seguramente con las armas del León Adriático.

Ordenó complementar la acción de los remos, con la de las velas, marcando al timonel el rumbo que significase al velero la intención de cortarle el paso.

Y, a la vez, con la clásica cortesía veneciana, mandó izar pabellón de saludo.

Casi más que en defensa de Venecia, el oficial salía al paso del velero blanco, acuciada por una indominable curiosidad.

¿Quiénes lo tripulaban? Veía tan sólo un timonel, tres hombres en los palos y dos en el castillete de popa. ¿De dónde procedía? ¿Qué fin llevaba?

La linea de flotación no indicaba que en su cala llevase géneros y por tanto, no era mercante. No tenia bocas de fuego y, per lo tanto, no era tampoco de guerra. Por la estructura, era nave genovesa, al parecer.

Pero Genova tenía demasiado orgullo, para no lucir en sus naves sus armas. Y el oficial, nativo de una ciudad donde todo eran intrigas, misterios y embrollos, veía algo extrañísimo en la nave que alegremente temeraria, remontaba el Adriático hacia Venecia

* * *

—Para vivir con fuerza juvenil sesenta años, nada hay mejor que cumplir la letrilla de la canción "Seis veces diez"—anunció, risueño, Luys Gallardo.

Y pulsando su laúd, entonó, con su voz bien timbrada:

"Levantarse a las seis,
almorzar a las diez,
cenar a las seis,
acostarse a las diez,
hacen vivir, ¡pardiez!
seis veces diez".

Su único oyente, sentado frente a él en el castillete de proa del velero "Dardo", ladeó la cabeza, para mirar al loro acurrucado sobre su hombro derecho.

—"Coclicó", si pudiera opinar, diría que este régimen tan honesto que llevan los marinos es fastidioso. Mi abuelo decia que era mejor una vida corta, pero sabrosa, que larga vida enojosa. Si me permitieras opinar, don Luys, te diría que la vida de marino no

me cuadra.

—Ni a mi, señor gascón.

Bruyant Lartiguers, el cortabolsas gascón, rió satisfecho.

—Coincidimos entonces, don Luys. Yo he estado pensando que por este mar que dicen poblado de turbantes, si nos sale al paso un hijo del Gran Visir, nos vamos a ver apuradísimos.

—Por este mar y por cualquiera, Bruyant. A veces he pensado que podría enrolar una fuerte tripulación, pero no quiero responsabilidades de esta índole. Nací para pisar tierra y viajar ios senderos firmes que conduzcan a peleas y aventuras por entre jardines.

—¡Ajá!—aprobó, convencidísimo, Bruyant.

—Y como siempre sentí deseos de conocer Venecia, donde aseguran que la aventura surge a cada esquina, y que cada góndola oculta misterios, mal no vendrá que busquemos el modo de, con el producto de la venta del “Dardo”, remozar nuestras bolsas. ¿Verdad?

La última palabra interrogatoria de Luys Gallardo no iba dirigida a Bruyant, sino a “Coclicó”, el que desafiando el frescor del amanecer, sacó por entre las plumas su testa, para graznar:

—¡Qué gran verdad! Pero ¡qué gran verdad esta!

Y obtenida su recompensa en forma de las carcajadas de su dueño, ocultó de nuevo la testa, estremeciéndose,

Bruyant se desperezó y manifestando que iba a hacer ejercicio, dirigióse hacia la base del palo mayor, en lo alto del cual estaba encaramado un rechoncho sujeto, carilleno y de torpes movimientos.

El loro, cuando vió que su dueño se disponía a encaramarse por los cordajes del palo mayor, revoloteó en busca de su abrigada jaula.

Al llegar a lo alto, Bruyant penetró en la torreta, por cuyo reborde asomó la cabeza Bembo, el escudero de Luys Gallardo.

—¿Te gusta levantarte con el alba y acostarte al crepúsculo, como las gallinas, Bembo valentón?

—Oh, no... Pero a mi amo le dió por ahí—replicó Bembo, como dando a entender que las decisiones del amo son indiscutibles.

—Alégrate. Tu amo, que es mi jefazo, ha decidido vender este saltarín trasto, y... asi morirás en tierra, porque vamos a Venecia dispuestos a ver quién es el guapo que nos pone el cascabel. Te alegra la buena noticia, ¿no es así?

La zumba del gascón hizo sonreír conejilmente al piamontés.

—Mí amo desafía a la muerte, porque la busca, y dijo que así

siempre se vive.

—Tú lo has dicho, talento.

Y con ligeras variantes, fue Bruyant a comunicar la grata noticia a los tres “compinches”: el resto de su cuadrilla de salteadores, compuesto por “Frambuesa”, el timonel, “Respingón” y “Vinagre”.

Regresó junto a Luys Gallardo, quien le señaló una galera que iba agrandándose en el horizonte, procediendo de la no muy lejana costa occidental.

—Creo, amigo Bruyant, que, al igual que comunicaste mi decisión a nuestros compinches, no hubiese venido mal lo participaras a la nave que se acerca, que a lo mejor sigue la prudente costumbre de disparar sus bombardas primero, y luego preguntar.

Bruyant Lartiguers replicó, con su habitual desparpajo :

—Como tú no eres un terco lobo de mar, don Luys, si hay peligro inmediato nos permitirás que muy valientemente nos arrojemos de cabeza al mar y que se pudra el “Dardo”.

—Si te oyera un marino, escupiría con desprecio.

—Y yo le ayudaría a escupir con grandes palmadas amistosas. Acaban de agitar un trapo en lo alto de un palo...

—“Frambuesa”, que es un técnico, nos ilustrará —sonrió Gallardo, para quien, como decía Bembo, parecía ser lema de existencia: “En las peores situaciones, sonreír siempre, semejando un loco imprudente, y actuando como un león reidor”.

“Frambuesa” tuvo gran ufanía en demostrar su erudición:

—Sí, jefe. La galera que se acerca ostentando pabellón veneciano, según el libro de navegación, acaba de ondear pabellón de saludo.

—Mientras salude, vamos bien...—aprobó Bruyant—. Saludemos, pues. ¿No te parece, don Luys?

Bembo, al grito de Luys Gallardo, sacó del cofre de la torreta la blanca banderola con pavés azul.

La galera torció la proa, para mostrar su babor, donde las bocas de las bombardas parecían mirar con negras pupilas el estribor del blanco velero.

—Parlamento de capitanes—anunció “Frambuesa”, tras mirar en rápida ojeada su libro, sosteniendo con una mano el timón—. Arriar velas mayores, y destacar lancha la nave visitante.

—Yo soy el visitante. Arriemos, pues, las velas, y a visitar.

Poco después, Bembo, maniobrando la corta vela de la chalupa, separóse del “Dardo” yendo hacia la galera.

En la proa, Luys Gallardo tenía ya decidido que era su última

intervención como capitán de mar. Le placía, pero no quería someterse a la ruda disciplina que le exigiría el gobernar tripulación apropiada para navegar en las debidas condiciones.

Desde babor de la galera, retirados los remos, pendían cabos para sujetar la chalupa, y escala.

Subió por ella Luys Gallardo. Replicó con la misma mesura cortés al saludo del oficial.

—Es mi deber, capitán—anunció el oficial—dirigiros ciertas preguntas, actuando en nombre de la Serenísima República de Venecia, cuyas aguas estáis surcando.

—Cumplid con vuestro deber sin el menor reparo, señor capitán. Nada tengo que ocultar, como ya os lo habrá demostrado mi especialísima manera de capitanear velero libre. No soy capitán de mar.

Hacía ya media hora que el oficial comandante de la galera estaba dispuesto a no asombrarse.

—Procedencia y destino de vuestra nave, señor.

—En Sicilia anclé un par de dias, y hacia Venecia me dirijo porque amo las emociones.

—¿Por cuenta de qué mercaderes navieros venís?

—Soy dueño de la nave, y ninguna mercancía transporto.

—Supongo que traeréis el rol de vuestra tripulación.

—No la tengo enlistada. Pero ya que vuestro escribano toma nota, suplico tenga a bien anotar: yo, que respondo por Luys Gallardo, trovador español que todos los caminos anda. Son mis compañeros de aventura: Bembo, como escudero; Bruyant Lartiguers, gascón juglar; con sus tres paisanos, que responden a los únicos nombres de “Respingón”, por la nariz en trompeta, “Frambuesa”, por manchas de vino, y “Vinagre”, porque, siendo muy bien humorado, dama Naturaleza le dió rictus de asco.

El oficial de la galera, como todo buen italiano, era sensible a lo que juzgaba predisposición de despreocupado vivir, porque era actitud difícil en la agitada Italia del Renacimiento.

Sonrió con menos tiesura en su postura.

—Si no os ofende, mi escribano anotará que seis juglares extranjeros viajan a bordo del velero.

—En nada me zahiere. Que añada también a “Coclicó”, un loro parlanchín, que daría lecciones a muchas personas.

Esta vez hasta el escribano sonrió. Cuanto oía era bien distinto al continuo conspirar o desconfiar, y a las mentiras reinantes..., así como a los epigramas de resentidos.

—¿Tal vez vuestras mercedes sean “Commedia dell’Arte”?—

inquirió el oficial, aludiendo a los actores de entonces.

—Todavía no, pero facultades tenemos. Como os debe extrañar que seis juglares naveguen en velero, en vez de andar a pie, os aclararé el motivo de tan lujoso peregrinar. Tuve la suerte, en Ajaccio, de intervenir, junto con el corsario bretón Truand Lascar, en acción donde esta nave genovesa, que invasores traia, me fue otorgada como recompensa. Anotad sin extrañeza, escribano. Soy veraz.

—Y os creo—replicó el aludido—. Yo...

—Os creemos—atajó con sequedad el oficial, arrojando fiera mirada al escribano, dándole a entender que la presencia de un juglar campechano no podía relajar la disciplina—. Tened en cuenta, señor español, que nuestros informes deben forzosamente ser leídos por el gabinete secreto del conde Gino Mancini. Habida cuenta que Génova es enemiga de mi patria, os felicito por haberle arrebatado una nave. Pero debo atenerme a mis instrucciones, y, en este caso, especial es la situación. Para remontar, tendréis que esperar permiso de la Señoría.

—Lo que yo desearía, señor, habida cuenta que mis imprudencias tienen un límite prudencial, es vender este velero, ¿Podéis orientarme?

—¿Tenéis carta de propiedad?

—No.

—Entonces, hay un arreglo, si queréis considerarlo presa voluntaria, que significa que, de acuerdo conmigo, ofrecisteis a venta vuestra nave, y en este caso os conduciría a Sansovino, que es el puerto más próximo, donde, además de astillero, hay muelle de venta, y por cierto tengo que nave en buen estado como la que veo, adquiriría justo precio. Los mercaderes allí acuden al solo anuncio de venta, y... me pertenecería la centésima parte de lo que obtengáis.

—Encantado, y trato hecho. Me he librado del turco, y puedo, pues, con satisfacción, bregar con los mercaderes.

—Entonces..., vuestro velero queda en litigio, lo cual significa que, salvo orden de presa por la Señoría, que, si no sois enemigo de Venecia, no vendrá, será vendido al mejor postor, a contar del segundo día de recalar en el muelle al cual tendré el honor de pilotaros.

—¿Es preciso que me halle presente todos estos días para la venta del velero?

—No tal. Podéis ausentaros si así lo deseáis, pero en dicho caso deben quedarse a bordo, hasta la venta ultimada, vuestro segundo y

la tripulación.

—Ya que tan amable sóis, ¿podéis indicarme en Venecia una posada de buen acomodo y fácil de hallar?

—Id a la “Hostería de San Marcos”, en la plaza de este nombre. Es la más conveniente.

—Para ultimar nuestra entrevista, ¿podéis indicarme aproximadamente cuánto se obtendrá por la venta?

—La clase noble, la clase gobernante de Venecia, son los mercaderes. Necesitan naves. Contad con certeza que obtendréis no menos de doce mil ducados de oro.

Despidióse el trovador del amable oficial, y poco después, a bordo del “Dardo”, resumía lo que acababa de concertar.

Miró sucesivamente a los gascones y al piamontés.

—Cada uno de nosotros obtendrá, cuando menos, dos mil ducados de oro. Es una pequeña fortuna. Podéis regresar a vuestras patrias, y abandonar el inseguro camino que sigo. Hoy mismo me pondré en ruta hacia Venecia, donde me hospedaré en la “Hostería de San Marcos”, que está en la plaza del mismo santo.

—Y allí estaremos todos, señor—afirmó, con decisión, Bruyant.

—Venecia no es Córcega, ni Capri, ni Sicilia, compinches—sonrió el trovador—. Es ya una nación, y no olvidéis, sobre todo tú, Bruyant, que cuanto se hace, lo sabe un tal Ser Gino Mancini.

Capítulo II

UNA POSICIÓN SÓLIDA

El Dux Guidalfonso se casó en 1487 con Rosalba de Camporeggio. Aprobó los nombramientos de conde a favor de Gino Mancini y Galeazzo Muzio, que eran ya por cuna gentileshombres.

Fausta Bentivoglio murió en circunstancias no muy claras en el año 1499, cuando gobernaba el Dux Vítale.

El Dux Vitale aprobó la propuesta de la Señoría, concediendo el castillo y aldea de Brighella al conde Mancini, y una pensión anual de diez mil ducados al conde Muzio.

Varias veces cambiaron los componentes del Consejo de los Diez. Hubo guerras, revoluciones, conspiraciones y matanzas...

En el año 1500 fue elegido, a la muerte del Dux Vitale, Giorgio Steno como Dogo de Venecia.

También se reeligieron los diez consejeros. Y aprobó el Dux Steno las rentas vitalicias a nombre de los condes Mancini y Muzio.

Nada parecía seguro en Venecia, y, no obstante, las posiciones de los dos cómplices y antiguos maleantes de poca monta, que no habían vacilado en asesinar a una infeliz en el momento en que para la pobre abandonada abríase un horizonte de esperanza, eran posiciones berroqueñas de indestructible solidez.

Debíase a que Gino Mancini, asesorándose en Galeazzo Muzio, había elegido la mejor postura. Despreciando honores aparatosos, y no queriendo fugaces y rápidas ascensiones de meteoro, habia eligido durante la influencia de Rosalba de Camporeggio el ser simplemente secretario del entonces jefe de policía.

Y pronto Gino Mancini fue “el puntal en las tinieblas”, el hombre que, poseedor de muchos secretos, a nadie adulaba, y proclamaba de continuo, no por palabras, sino con hechos, su afán de servir al engrandecimiento de Venecia,

Se sucedían los consejeros. Variaban los Dux. Los encumbrados de ayer, perecían en el patíbulo o en los Fosos...

Gino Mancini y Galeazzo Muzio seguían incólumes en su posición, porque cuanto sabían y la destreza con que abortaban conspiraciones y estaban al corriente de la política exterior, era para el Dux y la Señoría base firme en que apoyarse.

Temida, y haciendo enmudecer a su paso galantes dúos y ruidosas orgías por los canales y puentes, la gran góndola tapizada

de rojo, color que embebía la sangre sin delatarla, deslizábase, remada de proa a popa por seis robustos esbirros, cuyas largas pértigas tenían remate de gallardete con e1 escudo del conde Mancini.

Era la góndola que iba recogiendo los informes de los espías apostados a lo largo de su recorrido, y que transportaba detenidos a los Fosos, y a veces era improvisado patíbulo, ya que a bordo siempre conducía a dos enmascarados cuya capucha roja decía elocuentemente cuál era su triste oficio.

Los verdugos estranguladores, al igual que los seis remeros, eran seleccionadísimos héroes espadachines de bravura fiera, y la ancha y larga cámara que ciertas noches albergaba reos de muerte, en otras amparaba galantes entrevistas con fines no simplemente de placer, sino también de útil información.

La vasta organización del espionaje del conde Mancini tenía fuerte presupuesto, a costa del cual muchas veces se pagaban los suntuosos vestidos y joyas de muchas damitas con antifaz, cuya doble personalidad sólo conocían los condes Mancini y Muzio.

Los sucesivos Dux aceptaron con agrado la continuidad del “puntal en las tinieblas” que les aseguraba un gobierno que realizaba lo tan deseado: el mito de Argos, cien ojos avizorando cuanto sucedía por la ciudad de las lagunas y los canales.

Y la habilidad de Mancini y de Muzio consistía en mostrarse deferentes y serviciales con los consejeros, dando constantemente a entender que eran meros instrumentos dedicados a salvaguardar los intereses de Venecia, obedeciendo siempre las instrucciones del Dux reinante y la Señoría en el poder.

Se rumoreaba en 1507, año en que el velero “Dardo” recalaba en los muelles de Sansovino, que el Dux Steno estimaba diplomático y a la vez muy placentero casarse con Rosalba, la hija del fenecido Dux Guidalfonso con Rosalba de Camporeggio.

Y los Diez estimaron como muy patriótica la decisión de Gino Mancini de encerrar en sus habitaciones, con esbirros de vigilancia, a su propio hijo Fausto, que al parecer había sentido veleidades amorosas hacia la bellísima Rosalba.

Esta era la situación en Venecia cuando, desde Sansovino, un jinete con laúd de plata terciado al hombro, emprendía la senda que, bordeando el litoral, conducía hacia la Poderosa y Serenísima República.

* * *

En su magnífico gabinete de trabajo, Gino Mancini iba tomando

nota de todos los informes policiales que acababan de serle remitidos.

El conde Mancini poseia una policía personal que Galeazzo Muzio tenía directo mando, pero cuya dirección efectiva pertenecía a un cierto Loredan Corvineli, Loredan Corvineli era, con respecto a Galeazzo Muzio, lo que éste frente a Gino Mancini.

La rápida carrera de Loredan Corvineli era bastante curiosa. Procedente de Padua, sin la menor recomendación ni influencia, había logrado, gracias a una constante obstinación, ser recibido personalmente por el conde Mancini, favor muy raro.

“Señor conde—habíale dicho, apenas estuvo frente al tenebroso jefe de los ocultos resortes gubernamentales—: me llamo Loredan Corvineli. Procedo de Padua y no llevo recomendación alguna para Vuestra Excelencia. He preferido presentarme yo solo, para ofreceros mis servicios. Poseo conocimientos muy varios, y creo, por tanto, sin falsa presunción, que os sería útil. No os pido, señor conde, que me creáis bajo palabra. Os suplico que me pongáis a prueba.”

Mancini se encontraba aquel día de muy buen humor. La manera de presentarse del paduano le gustó, y después que Corvineli le proveyó de explicaciones satisfactorias sobre sus antecedentes, decidió probarlo, dándole un modesto: empleo entre sus numerosos secretarios.

Corvineli no tardó en sobresalir por las cualidades que más apreciaba Gino Mancini entre sus subordinados: flexibilidad de espíritu que les hiciera comprender con pocas palabras lo que de ellos se deseaba, astucia y amplitud de conciencia para servir para todo, y, por fin, una absoluta y deferente sumisión.

Mancini encontró en Corvineli, que apodaban “el Paduano”, un segundo Galeazzo, mejor tal vez, porque Muzio, sabedor de que el temido jefe de policía estaba en su poder por el terrible secreto del pasado, mostrábase a veces exigente, y afectaba una independencia que el autoritario Mancini veíase obligado a soportar, pero no sin esfuerzos.

Corvineli habíase ganado la confianza de Mancini, quien, después de hacerlo su secretario personal, le había conferido, además, la dirección efectiva de su policía particular, aunque subordinándole para guardar las apariencias a su antiguo cómplice Galeazzo Muzio.

Por un prodigio de habilidad, Loredan Corvineli había sabido atraerse igualmente el favor del conde Muzio, al cual parecía que debía causar sombra “el Paduano”.

Pero Corvineli había sabido hacerse tan útil, casi indispensable para los mismos asuntos de Galeazzo Muzio, que éste logró convencerse de que Corvineli no pensaba en suplantarle, e hizo de él su confidente.

Aquella mañana en que Mancini hallábase en su gabinete de trabajo compulsando los informes, lanzó de pronto una exclamación, y volvió a leer atentamente uno de los escritos.

Después buscó entre los demás papeles esparcidos sobre la mesa, y, encontrando el que requería, lo releyó.

Agitó una campanilla y ordenó al esbirro que se presentó que invitara inmediatamente a venir a messer Corvineli.

No tardó éste en aparecer.

—¿Os habéis informado de las últimas noticias, Loredan ?

—Tan sólo de las referentes a la ciudad. No tuve tiempo de leer las concernientes a la comarca.

—Oíd, pues, esto. He aquí, primero, el informe de un tal Brighorne.

—Encargado, señor conde, de ejercer una vigilancia discreta, pero permanente, cerca de Monna Olimpia, la hermana del Dux—precisó "el Paduano", demostrando que estaba al corriente de todo, y su memoria nunca flaqueaba.

—Brighorne escribe:

"Sansevino, i de octubre de 1507.

> "Ateniéndome a las instrucciones, que me han sido dadas, me he asegurado que en todo el día de ayer Monna Olimpia no salió de Sansovino, paseando por los muelles y dirigiendo la palabra a distintos mercaderes y oficiales marinos. Nada de cuanto dijo rebasó los límites de la más banal conversación. Esta noche se alojó en casa del mercader Ambrosio, pariente del Dux, no saliendo de ella."

No veis nada de particular, ¿verdad, Loredan?

—Nada, señor conde.

—Bien; prestad atención ahora a estas líneas del informe que me dirige desde el puerto de Rugieri el agente Vittorio. Dice:

"Rugieri, i de octubre de 1507.

> "En el dia de ayer, caído el crepúsculo, paseó por este puerto Monna Olimpia, que iba acompañada de su doncella de confianza. Conversó con distintos oficiales, y hacia la

medianoche se retiró a dormir en la “Hostería del Sol de Oro”.”

Loredan Corvineli lanzó una exclamación de asombro:

—¡Monna Olimpia a la vez en Sansovino y en Rugieri! Es imposible, totalmente imposible!

—¿Cuál de los dos se ha equivocado?

—Sería indigno de la confianza que me concede Vuestra Excelencia si, sabedor de la importancia que otorga a los pasos de la hermana del Dux, no hubiera enviado a vigilarla a agentes seleccionados. Por esto mismo tanto me extraña esta contradicción.

—Caben dos posibilidades: que Monna Olimpia, sabedora que era vigilada, abandonara la casa del mercader Ambrosio, engañando a Brighorne, o que Vittorio se equivocara. Averiguadlo, y cuando sepáis cuál de los dos agentes ha fallado, que permanezca una temporada larga en los Fosos, para meditar en los inconvenientes de equivocarse, cuando se trata de tenerme bien informado. Vos sabéis, Loredan, que personalmente Monna Olimpia me detesta, y, en cambio, yo la aprecio...

Una sonrisa sinuosa dibujóse en los labios de Mancini.

—De un tiempo para acá—añadió—, parece que Monna Olimpia gusta de frecuentar oficiales de mar. Me interesará saber con qué fin. ¿Dónde se encuentra mi querido amigo el conde Muzio?

—Ausente desde hace dos días, Excelencia,

—Posiblemente alguna aventurilla amorosa... A medida que vamos madurando somos más ardorosos. Y va que estamos tratando asuntos menos austeros, ¿os acordáis, Loredan, de lo que os confié a propósito de una joven personilla de la que os hablé? Aquella encantadora rubita que encontré hace unas mañanas atravesando las antesalas del Palacio Ducal, saliendo de las habitaciones de Monna Olimpia.

—Me ocupé personalmente de ello, señor conde.

—¿Sabéis ya quién es?

—Lo sé. Es una joven encajera muv solicitada y últimamente viene con frecuencia a Palacio porque hace labores para Monna Olimpia. Apenas tiene veinte años y se llama Hermosilla.

—¿Hermosilla?

—Es española.

—¿Dónde habita?

—En los soportales del canal Rorghese, con dos españoles llamados, respectivamente, Cayo y Policarpo. que se dedican a la compra y venta de vinos.

—¿Son sus padres?

—Sí y no. Quiero decir que esta joven es una niña que recogieron, y a la cual educaron.

—¡Por Baco! No habrán hecho un mal negocio con recoger a esta huérfana, porque la joven Hermosilla pronto les podrá devolver con creces lo que ellos pudieron gastarse educándola. No es preciso que insista en deciros, Loredan, que esta encajerilla me place mucho.

—Desgraciadamente, señor conde, ella es honesta.

Mancini se reclinó contra el respaldo de su sillón, riendo.

—¡Decís que es honesta, y lo calificáis de desgracia!—exclamó, con la familiaridad que a veces empleaba con su secretario particular—. ¡Mucho mejor, mucho mejor! ¿Es que acaso, messer Corvineli, os imagináis que el conde Mancini sólo aspira a obtener favores de cortesanas veleidosas e interesadas ?

—¡Oh, Excelencia! No quise decir tal cosa... Pero es que hay un inconveniente...

—¿De qué se trata?

—Hay cierto caballero al cual ella ama...

—¿Quién es?

—Por ahora, aun lo ignoro.

—Veamos, Loredan: ¿qué historia incoherente es esta que me estáis contando? Empezáis por decirme que la niña es honesta, y casi inmediatamente añadís que tiene por amante a cierto desconocido caballero.

—Perdonad, Excelencia; dije que amaba a cierto caballero. Pero no dije que éste fuera su amante.

Mancini se encogió de hombros.

—Vamos, vamos, guasón... ¿Creéis en el amor platónico?

—No tengo tiempo, Excelencia, para creer en nada, y me limito a repetiros lo que sé. Y sé que Hermosilla ama a cierto caballero, pero aun no sé quién es este caballero, y os diré la razón. La mayor parte de estos informes los he obtenido de un muchacho llamado Gaspar, que es una especie de dependiente de los nombrados Cayo y Policarpo, el cual es muy charlatán, cualidad a la que une la de ser muy curioso y meter las narices por donde puede. Esta segunda cualidad le hizo descubrir cierto librito en el que Hermosiila, al estilo de muchas imprudentes jovencillas, escribe sus impresiones y secretos sentimientos. Y de estas confidencias que Hermosilla escribe para ella sola, resulta que declara estar enamorada de cierto caballero que no nombra. Y considera su amor imposible desde que sabe que dicho caballero está enamorado de una gran dama, que tampoco cita. No importa; ella sabe que lo amará siempre, pese a

todos los obstáculos, sin que él jamás lo sepa, porque ella preferiría morir antes que confesárselo. He aquí, en substancia, lo que Hermosilla ha confiado a su librillo.

—¡Es verdaderamente entemecedor!...—ironizó Mancini.

—Mi fidelidad, señor conde, me ordena deciros con sinceridad mi manera de pensar: sería mejor que olvidarais vuestro capricho por la encajera. Me temo, después de lo poco que sé, que Su Excelencia encontrará más dificultades de lo que supone, y realmente no vale la pena que vos os molestéis...

El rostro de Mancini adquirió una repentina dureza, y con seco gesto, atajó a su secretario:

—Sois un majadero, Corvineli, al hablarme de dificultades a mí. ¿De cuándo acá encuentro yo obstáculos para mis caprichos? Sería realmente gracioso que me batiera yo en retirada porque una hermosa muchacha que me gusta se ha enamorado de un desconocido caballero por el que suspira en silencio. Estos son ensueños de doncellas en los que ellas se complacen mientras no encuentran algo mejor, pero que se disipan como humo cuando encuentran un galanteador que les ofrece algo más substancioso que lejanos suspiros. En cuanto a la virtud de esta encajera, tal vez resista a los ataques de dependientes y horterillas, pero me parece que no tendré que darme mucho trabajo para que capitule delante de mi deseo, ya que no en vano soy el hombre más poderoso después del Dux...

— Y aun antes.. — murmuró Corvineli, obsequioso.

Mancini fingió no haber oído, y prosiguió:

—Por lo tanto, es preciso que encontréis un medio de proporcionarme una entrevista con esta pequeña..., que del resto ya sabré yo ocuparme, sin vuestra ayuda...

Y Mancini rió su burda chanza. Corvineli sonrió como si acabara de oir la más fina de las ironías, y replicó:

—Me parece, Excelencia, que el motivo lo he encontrado. Nuestros elegantes han adoptado ahora ciertos coletos de encajes que llaman “fresas a la francesa’’. Su Excelencia, deseando adoptar esta moda, puesto que no quiere en apariencia diferenciarse de los demás, y habiendo observado que las damas, en Palacio, lucen magnificas muestras, de la habilidad de cierta encajera española llamada Hermosilla, ha decidido confiarle el encargo de que le haga una “fresa a la francesa”, para lo cual le concede una cita.

—Perfecto, Corvineli. Encargaos de esto con la mayor brevedad.

—Vuestro deseo será cumplido, señor conde. ¿Ordenáis algo más?

—Que Hermosilla no os haga olvidar el justo castigo al que dejó sin vigilancia a Monna Olimpia entre Sansovino y Rugieri.

Y con gesto amable Gino Mancini despidió a “el Paduano”.

Capítulo III

HACIA VENECIA

Luys Gallardo había dejado tras sí el puerto de Sansovino, sin contratiempos, quedando a cargo de Bruyant la venta del velero, y recomendándole, al igual que a los otros cuatro, prudencia, al menos hasta no encontrarse en Venecia.

El tiempo era hermoso, las carreteras estaban secas, su caballo era excelente y sus pensamientos optimistas, porque presentía que la ciudad de los Dogos le depararía galantes aventuras.

Y con estas magníficas disposiciones de ánimo llegó hacia el atardecer al puerto de Rugieri, y se detuvo ante la "Hostería del Sol de Oro".

El mesonero, gorra en mano, asió las bridas mientras Gallardo desmontaba.

—Dos cosas me urgen, buen hombre..., que ya veré si lo eres en la cuenta que me presentarás. Primera: una cómoda habitación para lavarme y quitarme el polvo del camino; segunda: rápidamente, en la citada habitación, un apetitoso yantar.

—Nada más fácil, mi gentilhombre. Dignaos seguirme.

Atravesaron la sala pública, subieron por una escalera que conducía al primer rellano y penetraron en el pasillo, sobre el que se abrían las puertas de varias habitaciones.

—He aquí la mejor de mis habitaciones, mi gentilhombre—dijo el mesonero, abriendo una de las puertas—. Si os place, inmediatamente os subirán un buen condumio digno de vos. Un pastel de anguilas, medio pavo trufado, un queso de Gruyere y otro de Gordonzola. Fruta y un frasco de excelente Chianti. ¿Os bastará, mi gentilhombre?

—¡Perfectamente! Sería yo un ansioso si con este lastre no pudiera esperar sin rabiar la hora de cenar.

El mesonero se retiró, y, poco después, un criado trajo los manjares y el frasco de vino, dejándolo todo encima de la mesa.

Luys Gallardo se sentó ante los víveres, que parecían muy apetitosos, y cuando se disponía a atacar el pastel de anguilas, se detuvo con el tenedor en el aire...

—Ya debería estar aquí hace tiempo. Empiezo a sentirme inquieta—decía una voz femenina.

Aquellas palabras, pronunciadas en la vecina habitación, las acababa de percibir tan claramente como si hubieran sido dichas en

su propia mesa.

“Qué diantres de misterio es éste?—pensó—. Por delgados que sean los tabiques de la “Hostería del Sol de Oro”, es imposible, a menos que sean de papel, que dejen atravesar con tanta claridad el someto.”

Intrigado se levantó y se puso a examinar el tabique. Comprobó que cerca del techo los ladrillos eran subtituidos por cristales y después dióse cuenta que en la vidriera faltaba un cristal.

El trovador regresó a entendérselas con su pastel de anguilas, diciéndose que si sus vecinos se ponían a intercambiar confidencias, iba a sorprender secretos sin proponérselo.

Durante algún rato no llegó ningún ruido a sus oídos. Empezaba a comer un alón de pavo, cuando golpearon en la vecina puerta.

Oyó abrirse la puerta, y casi inmediatamente percibió una exclamación de sorpresa y una voz de hombre que decía:

—No era a mi a quien esperabais, señora.

Luys Gallardo se esforzó en absorberse en la tarea de desmenuzar la carne.

Pero por mas buena voluntad que puso en no querer escuchar, oyó todo el diálogo entablado en la habitación vecina.

—¿Qué deseáis, señor conde?—-preguntaba la voz femenina, con tono altanero.

—Os lo diré, señora, si tenéis a bien rogar a vuestra doncella que se retire.

—Vete fuera, Guillermina—ordenó la voz de mujer. Y al cabo de unos instantes, añadió: —Ahora que estamos solos, ¿me diréis, señor conde, qué significa vuestra presencia aquí?

—Esperabais en esta hostería a un mensajero, el cual debía remitiros ¡papeles de importancia.

—No sé a qué os referís.

—Yo, si..., y vos también, señora. He creído que era mi deber presentarme para evitaros una larga... e inútil espera. El mensajero no vendrá. En..., ¿cómo diría yo?..., un accidente que le ha sobrevenido a una legua de aquí le ha puesto en la imposibilidad de continuar su camino. Sabiendo el precio que vos concedéis a los papeles que el mensajero debía entregaros, y pensando que seria muy enojoso que cayeran en manos ajenas he creído mejor tomar posesión de ellos, para traerlos aquí yo misino.

“Muy bien hablado—aprobó mentalmente Luys Gallardo, con vigorosa cabezada, a la par que devoraba la pechuga del pavo—. Eso se llama comportarse como un caballero, aunque ¡bien quisiera yo no estar oyendo ajenos asuntos!”

Oyóse la voz femenina replicar con ira:

—Tregua a los sarcasmos, señor conde, y llegad a lo que os proponéis, ya que supongo tenéis una finalidad, vista la audacia que demostráis presentándoos delante de mi después de robar o haber hecho robar por vuestros esbirros documentos que me eran destinados.

—Solo he venido a Rugieri, señora. Y solo he actuado.

—¿Sin duda queréis un pago para devolverme lo que es mío?

—Sí.

—Sea. Fijad precio. ¿Cuánto queréis?

—¿Dinero? ¿Por quién me tomáis, señora? Además, por elevada que fuera la cantidad, nunca bastaría para pagar todo el valor muy especial de estos papeles informativos.

—¿Los habéis leído?

—Naturalmente. ¿Por qué me habría apoderado de ellos si no fuese para leerlos?

“¡Carape!—meditó el trovador—. Me parece que me he equivocado al juzgar a este caballero, que nada tiene de esto, el muy cínico...”

—Muy interesantes son—proseguía la voz masculina—, y también, en cierto modo, comprometedores. Estoy seguro que preferiríais ver estos papeles entre vuestras manos que en las mías. Estoy dispuesto a devolvéroslos, y actuar como si nunca los hubiera leído, pero, muy naturalmente, con una condición.

—¿Cuál?

—Que me miréis con amabilidad. Recordad el rigor, el desprecio con el cual me tratasteis cierto día. ¿Cuál era mi delito? No haber permanecido insensible a vuestra belleza y haberme atrevido a decíroslo. Esta confesión, que muchas damas habrían considerado un homenaje, vos la considerasteis como un insulto. Me tratasteis como a un lacayo, a mí, un hombre que tiene el título de conde.

—Desde no hace mucho.

—Desde que Su Excelencia el señor Mancini lo lleva, y que por cierto ha encontrado más indulgencia cerca de la hija de un Dux que yo cerca de vos.

—Tal vez poque Rosalba es descendiente de florentina. Entre compatriotas hay, sin duda, afinidades que reducen las distancias. ¿Por qué no dirigís vuestros homenajes a otra dama?

—Porque es a vos a quien los dirijo. Porque vuestros desdenes no han logrado más que exasperar mi deseo, y que...

—Y que os habéis dicho: “Obtendré por la amenaza lo que no puedo obtener con ruegos”, porque no me cabe duda que ésta es la

condición que pretendéis imponerme. ¿Me devolveréis la correspondencia si yo cedo a vuestros infames deseos? ¿Y os atrevéis a llamaros caballero?

—Acabáis, de recordarme que lo era desde hace poco tiempo...

“Se nota—pensó Gallardo—. Decididamente, no hay más remedio que enterarme de lo que no me incumbe.”

El diapasón de las voces iba elevándose.

—Sois un miserable y un cobarde—gritaba ella.

—Tened cuidado. No por ser quien sois, echéis en olvido que poseo un arma terrible contra vos... ahora. Es imprudente retarme.

—A veces el puñal hiere a quien lo emplea. ¡Salid! ¡Idos... o mando que os echen!

Luys Gallardo oyó el ruido de una puerta que se abría y cerraba violentamente. Y unos pasos rabiosos, acompañados de un tintineo de espuelas que se alejaban por el pasillo.

Y a la vez, tras el tabique, el siguiente diálogo rápido:

—Puedes entrar, Guillermina. Se ha ido.

—¡Qué os pasa, señora? Estáis pálida... Parecéis asustada.... vos siempre tan valiente...

—Este miserable se ha apoderado de unos papeles que pueden comprometer mi buen nombre.

Luys Gallardo no quiso oír más. Descolgó su espada, y, saliendo de su habitación, lanzóse pasillo adelante.

Llegaba al último peldaño de la escalera, en el momento en que el visitante desconocido, atravesando la sala pública, salía al patio.

Apresuró el paso para alcanzarle, y apercibió al hombre, que se dirigía hacia la puerta.

—¡Eh, señor!—llamó.

El interpelado, hombre en la madurez de la edad, fuerte y arrogante, se volvió.

—¿Es a mí a quien llamáis así?—preguntó, altanero.

—A vos. Quisiera deciros unas palabras.

—¿Qué se os ofrece?

—Daros un consejo de amistad.

Y con sonrisa persuasiva, prosiguió Gallardo:

—Acabáis de dejaros llevar por un impulso de cólera y despecho, sin duda excusable, pero que lamentáis ya, ¿no es cierto?

—¿Qué estáis divagando, señor?

—De la charla algo agitada que acabáis de sostener allá arriba con una dama. Estaba yo en la sala vecina, y...

El desconocido hizo un gesto irritado, para exclamar. iracundo:

—¡Habéis escuchado!

—Oh, no... No escuché. Oi. Que no es lo mismo.

—¡Por Baco! ¿Os hurláis de mí?

—Fijaos bien, señor—continuó, siempre sonriente el trovador—, que yo no pretendo juzgar si tenéis o no motivos de legítima irritación contra la dama.

Pero es una dama... y un galante caballero, como seguramente lo sois, no se venga de las ofensas de una mujer. Las ignora. Ahora que ya habéis recobrado vuestra sangre fría, estoy cierto que os sonrojaría llevar a cabo vuestras amenazas, ¿verdad?

—Pero ¿en qué mil demonios os entrometéis, joven?

—En lo que no me importa, como siempre. No tengo el honor de conocer a esa dama, como tampoco tengo el disgusto de conoceros. Pero ¿es preciso conocerse para prestarle favores? Mi intervención sólo tiene por objeto evitaros una acción que únicamente pudisteis concebir en un momento de arrebato. Vaya, vaya—añadió, con aparente ingenuidad—, nada de rencores. Subid y devolved cortésmente a la dama los papeles que le pertenecen, y veréis como respiráis con más sosiego.

—¡No tengo órdenes ni consejos que recibir de vos ni de nadie! ¡Y hemos terminado!

El hombre hizo un movimiento para seguir andando, pero con hábil agilidad Gallardo se interpuso delante de él.

—Estáis ofuscado, señor, ofuscadísimo—dijo el trovador, con exasperante placidez—. No solamente os conduciríais honorablemente si me hicierais caso, sino también hábilmente, porque, ¿quién sabe si la esquivez de la dama no se trocaría en simpatía ante la generosidad de vuestro gesto? En todo caso, os habríais comportado como un hombre de honor, y no como un bellaco.

—¡Insolente imbécil!...

—¿Piropos ahora? Entonces..., ¿qué? ¿No os decidís a devolver galantemente estos misteriosos papeles?

—¡Id al diablo! Marchaos..., que ya nos volveremos a ver. Ahora, dejadme en paz; ¿está claro?

—Espeso. Me obligáis a que los devuelva yo.

El otro dió un salto atrás, y, sacando el brazo derecho de debajo la capa, mostró la desenvainada espada.

—¡Atrévete a ello, gallito!

—Ya que me invitas, gallo...

Las dos hojas de acero trabaron recio contacto.

—Te voy a eñseñar a ser sensato, entrometido— exclamó el desconocido, atacando con furia y maestría—. ¡Te mataré!...

—Ya será menos, traganiños. Y no esta vez—replicó Gallardo, parando la difícil estocada—. Toma, toma... La finta de Bussy... Buen esgrimista... Veamos, aun es tiempo... Esos papeles que veo atravesados en vuestro cinto..., ¿los queréis devolver buenamente a la dama?

—¡ Nunca, maldito seas!

—Sin ofender, hombre. Ya que me obligas..., no podrás decir que no te advertí. Conste que te lo buscaste...

El español fintó, trabó en tercia y, tirándose a fondo, atravesó el hombro derecho de su adversario.

Galeazzo Muzio se tambaleó, soltando su acero.

Atraídos per el ruido de la discusión y el entrechocar de las espadas, el mesonero y varios lacayos acudieron con linternas.

Encontraron a Luys Gallardo sosteniendo a su adversario desvanecido.

—¡Cielos! ¡Está muerto!—exclamó el mesonero.

—Sólo herido—replicó Gallardo, que a la vez que sostenía a Galeazzo Muzio, se había apoderado del rollo de papeles—. Acercad un poco la linterna para ver la herida.

El mesonero obedeció, y Gallardo comprobó, por la mancha de sangre que se extendía destacándose en el jubón, que su contrincante había sido tocado dolorosamente, pero sin gravedad.

Trató de averiguar quién era su adversario, pero, interrogado el mesonero, afirmó sinceramente que ignoraba por completo la identidad de aquel personaje.

—Llevadlo a una habitación y llamad a un cirujano, aunque la herida no es grave. Contened, mientras, la hemorragia con un torniquete.

Mientras el mesonero, ayudado por los lacayos, se dedicaba a transportar al desconocido, Luys Gallardo, precediéndoles, subió al primer rellano.

Fue a golpear la puerta del cuarto ocupado por la dama...

Capítulo IV

LA DAMA DEL ANTIFAZ

La puerta se entreabrió, y un semblante picaresco de cabellos cubiertos por cofia asomó.

Luys Gallardo había oído lo bastante para adivinar que era Guillermina, la doncella. Iba a exponer el motivo de su visita, cuando, desde el interior, una voz exclamó:

—¿Quién es, Guillermina?

—Un caballero que....

—Que desea ser recibido, señora.

—¡Pasad!

En el interior, la viajera, que estaba sentada cerca de una mesa sobre la que estaba colocado un candelabro encendido, se levantó con presteza.

Era una joven rubia, de esbelta figura. Debía ser muy hermosa, a juzgar por lo que podía percibirse de su rostro, ya que al oír golpear a la puerta habíase colocado un antifaz de terciopelo negro, tal como en aquella época llevaban en la calle, o de viaje las damas de alcurnia.

Avanzó hacia Luy Gallardo, quien se destocó. Y entonces Guillermina, que había alzado el candelabro, y cuya luz iluminó de lleno el semblante del español, exclamó:

—¡Santa Madonna! ¡No es el caballero!

—Perdón, perdón...—sonrió Gallardo—. Soy caballero. aunque posiblemente no el que esperabais.

Y se presentó:

—Luys Gallardo, español errante, trovador por placer, y procedente de Sansovino.

—¡Oh, es extraordinario!...—murmuró la dama del antifaz, que hasta entonces no había cesado de detallar el rostro y la figura del joven.

—Sería indiscreto, señora—inquirió Luys Gallardo, inclinándose levemente—, que os preguntara lo que hay de extraordinario en que yo venga de Sansovino?

—De allí venimos, y teníamos aquí cita con cierto caballero... que me era muy necesario... Excusadme si soy brusca. ¿Podría saber lo que deseáis?

—Entregaros esto.

Tendió el paquete de cartas. La dama lo cogió, desanudando el

lazo, y apenas hubo echado una mirada a las primeras hojas, cuando sus labios temblaron y todo su cuerpo demostró una fuerte emoción.

Preguntó con voz insegura:

—¿De quién, caballero, proceden estos papeles?

—Parecerá una perogrullada, señora, pero proceden de quien los tenía en su poder... antes que yo.

La joven pasó por su frente una mano blanquísima. En el anular destacaba un grueso camafeo...

—No es posible...—balbució—. Estoy soñando... No comprendo...

—Es muy sencillo, señora. El azar y un cristal roto me hicieron oir, y os juro que contra mi voluntad, la conversación que sosteníais en esta habitación con un personaje poco caballeroso. Después que os dejó, sostuve con él una entrevista en el patio de esta hostería, y he tenido el placer de encontrar argumentos bastante convincentes para decidirle a deslastrarse de estos papeles que retenía indebidamente, y me ha confiado la misión de devolvéroslos.

Ella, sonriente, sacudió la cabeza.

—No, no me decís la verdad. El miserable con quien os entrevistasteis es incapaz del menor gesto generoso. Si lograsteis estos documentos, estoy cierta que no os fueron entregados voluntariamente. Os habéis batido en duelo, ¿no es cierto? Y la prueba, ¡vedla aquí!

Con gesto súbito, algo teatral, pero espontáneo, la dama cogió entre las suyas la mano diestra de Luys Gallardo.

Descubrió su muñeca arañada por la espada de su reciente adversario, y donde aparecía un pequeño surco sangriento.

—No me di cuenta de esta mortal herida—replicó, riendo, el trovador—, pero evidentemente me impide negar que he tenido que arrebatar estos documentos al que, espada en mano, quería conservarlos.

—Guillermina—exclamó con viveza la enmascarada—, corre y tráeme del cofrecito un pañuelo para contener la sangre de esta herida.

En vano protestó Luys Gallardo alegando que era insignificante la herida; a la reiterada orden de su dueña, la doncella trajo un finísimo pañuelo de batista, con el cual la desconocida rodeó la muñeca del español.

Y al contacto de los deliciosos dedos, que le hacían estremecerse agradablemente, dejó de protestar del superfluo vendaje.

—Entonces—continuó ella, y su voz denotaba admirada emoción—, ¿habéis arriesgado vuestra vida para apoderaros de estos papeles que para mí tanto suponen, pero no para vos?

—No hubo riesgo, señora.

—Podíais morir, porque es muy hábil espadachín el conde Muzio.

Y a través de las aberturas del antifaz, los negros ojos de Olimpia Steno, la hermana del Dux, parecían espiar la reacción de su interlocutor cuando éste supiera la personalidad del que había herido.

—Tanto gusto, muy señor mío—sonrió el trovador.

—¿No sabéis quién es?

—Un cínico que os importunó, y esto basta para que le haya obsequiado con un pinchazo.

Rió ella, tendiendo con gesto gracioso su mano al español, que posó en ella los labios con satisfacción.

A la vez, Olimpia Steno, con la cabeza hizo rápida señal, que supo interpretar Guillermina, desapareciendo en la vecina habitación.

—¿Sois, pues, andante caballero que defiende a las damas solitarias que no llevan escolta? Muy español y muy galante.

—¿Por qué suspiráis? ¿Es que acaso los caballeros venecianos no hubieran hecho lo mismo que hice?

—Valientes son, pero nadie que en Venecia haya nacido y familia tenga en la ciudad se atrevería a atacar al íntimo amigo de Gino Mancini, el jefe de los espías y ejecutores. ¿Os dirigiais, acaso, a Venecia, señor Gallardo?

—Sí.

—Entonces, per mi culpa, queda destruido vuestro proyecto.

—¿Por qué? Tengo grandes ansias de conocer Venecia, y hacia allá me encamino.

—Mirad que Galeazzo Muzio es un ente rencoroso y vengativo. Es poderoso, y no reculará ante ningún medio para saciar su venganza.

—Por el instante, dormirá amodorrado, y durante varios dias no podrá emplear la espada, si no es con la zurda.

Olimpia Steno señaló un escabel ante ella, sentándose.

—Estaremos mejor para conversar. ¿Sabéis que me intrigáis, señor español?

—No llevo antifaz.

Rió ella, pero continuó enmascarada.

—Me refiero a que vuestra tranquilidad es de serena valentía.

¿Sabéis quién soy?

—Una dama hermosa, de manos aristocráticas, enérgica, que desdeñó al conde Muzio y que concede gran importancia a estos papeles.

—Si supierais... Algo os explicaré, porque vuestro semblante es abiertamente leal y viril. Nada tenéis de común con les *bravis* de Mancini, ni con los aventureros asalariados... Es costumbre en Venecia que las damas de cierta categoría tengan su escolta personal. La tenía yo..., pero Mancini logró convertirlos en espías a sueldo suyo. No puedo confiar en nadie... Esperaba cierto caballero francés, que me dijeren estaba en Sansovino, donde no le encontré. Vine aquí, esperando hallarle... También esperaba estos documentos, que son relación de extranjeros sin familia en Venecia.

—Huérfano soy y nadie tengo en Venecia.

—Os parecerá extraño, pero el poder de Mancini tiene por base que cualquiera que contra él conspira sea castigado en toda su familia. La fatídica góndola de los suspiros va a apresar a los familiares del valiente..., y por eso nadie osa moverse en Venecia. No es que yo piense conspirar... Quiero tan sólo tener libre escolta leal. Y decidme, señor Gallardo: ¿me engaño al creer que puedo confiar en vos?

—Vos misma daos contestación.

—No os ofendáis, pero... ¡hay tanta inseguridad en Venecia!... Me habéis prestado espontáneamente un gran favor... ¿Queréis entrar a mi servicio?

Luys Gallardo denegó sonriente.

—Mi única fortuna es mi libertad, señora. Al servicio estoy de todas las damas. Y a este título, si estando vos en Venecia, de mí necesitáis..., bastaría que me citarais donde fuese..., enviando como prenda de conocimiento ese anillo camafeo.

—Debí suponer que el orgullo español mal se aviene a ser espadachín a sueldo. ¿Dónde moraréis en Venecia?

—En la “Hostería de San Marcos”.

—¿Español errante hacia Venecia, espada inmejorable?... ¿Acaso vais al encuentro de Hermosilla?

—Todas las hermosas me atraen, señora. Pero desconozco a la que citáis.

—Es natural que, aunque así fuera, tuvierais discreción. Hermosilla es española, y si Mancini tiene sus espías vigilándome, también yo sé lo que él hace, por lo que a amoríos se refiere. Un infame capricho le hace desear seducir a Hermosilla, y... —rió ella, alegremente—, ¿sabéis por qué os cuento esto?

—Posiblemente, porque suponéis que soy de los que no toleran la intolerancia de los poderosos, que, al creérselo todo permitido, me inducen a pensar que todo me está permitido en contra de ellos.

—¡ Qué lástima!—suspiró ella.

—¿De qué os apenáis, señora?

—El antifaz me permite ser sincera, señor Luys. Me sois simpático... y sois hombre atractivo... Por esto lamento que..., si habiendo empezado por herir a Muzio, intentarais ahora molestar al conde Mancini..., vuestra vida tendría horas contadas... Todo os será hostil en Venecia..., aunque contéis con la inútil simpatía de los humildes...

—Esta simpatía... y la vuestra me bastan como premio, mi bella desconocida—contestó él, levantándose.

—¿Os vais?

—No quisiera que el conde Muzo pidiera revancha, estando en condiciones de inferioridad. Ya me encontrará en Venecia.

—Sois en extremo original, señor Luys. ¿No os interesa saber quién soy?

—Cuando queráis hacérmelo saber, mucho me placerá. Pero si antifaz lleváis puesto, vuestras razones tendréis, y no soy yo quién para discutirlas. Y, además, así parto con la romántica idea de que una bella desconocida tal vez en Venecia quiera dejarse conocer.

Olimpia Steno se levantó. Tendió de nuevo la diestra, y no se sintió ofendida cuando el trovador denegó la oferta.

—Besaré vuestra mano, hermosa enmascarada, cuando vuestro rostro descubierto me demuestre no tener recelo de mí.

—Esperad…—dijo ella, acercándose a la puerta.—¿No pedís ninguna recompensa por...?

—Aludisteis antes al orgullo español, hermosa desconocida. Pedir, nunca pido... Ahora bien, acepto el oro de una sonrisa...

—¿Y os negaríais a aceptar... lo que os pienso dar, para que de buena estrella os sirva?... Sin quitaros ánimos, señor Luys, me hacéis el efecto de un temerario paladín que a la muerte va... Y a un condenado a muerte, nada puede negársele...

Los entreabiertos labios de Olimpia Steno, al enmudecer, eran elocuentes. Luys Gallardo enlazó el tibio talle de la enmascarada...

Un beso embriagador le acompañó con perfume de prometedora aventura galante, en su camino hacia Venecia.

Y Olimpia Steno, sola, quedó largo rato apoyada en la puerta cerrada, sintiendo sinceramente que el hombre al cual fugazmente entregó sus labios en beso de sensual pasión, fuera hacia una muerte segura.

SEGUNDA PARTE

HERMOSILLA Y CORVINELI

Capítulo Primero

LA HIJA ADOPTIVA DE LOS TRES CORSARIOS

Veinte años antes de los sucesos hasta ahora narrados, el capitán Juliot Legars fondeó en Marsella, y desembarcó, seguido por Cayo y Policarpo.

Los dos españoles llevaban alternativamente en sus brazos a Violeta Mancini Cipriani. Juliot Legars fingía estimar como un fardo engorroso la criatura que, a solas en su cámara, le había hecho sentirse infantil y propenso a desconocidas ternuras.

Dirigiéronse rectamente hacia la casa propiedad del corsario, donde por toda servidumbre había un viejo marino, baldado de reuma, y que por haber salvado en cierta ocasión la vida de Legars, era considerado por éste come merecedor de vivir ajeno a toda preocupación.

Y los cuatro hombres, reunidos en la sala-comedor, bebieron el vino de bienvenida y retorno. En el centro de la mesa, tendida sobre una manta recogida en varios dobleces, Violeta Mancini sonreía, agitando las manecitas...

Dedicaba sus miradas con preferencia a Juliot Legars, el cual, ante sus subordinados, no quería dar impresión de debilidad...

—Pues esta es la historia, Grandjean—empezó a decir Legars, tomando como testigo y principal oyente al viejo corsario—. Este par de borricos grullos y zopencos tuvieron la peregrina idea de recoger en Livorno a esta muñeca... ¿Qué iba yo a hacer?... ¿Echarla al mar? ¿Qué hubieras tú hecho en mi lugar, Grandjean?

El viejo, haciendo crujir las articulaciones de sus manos, examinaba a la niña, como quien mira a un fenómeno difícil de definir.

—Yo, capitán, nunca me hallé en este caso, pero en este mundo todo es susceptible de ser muerto, menos una criatura que no puede defenderse. Muerte merecen los padres que la abandonaron...

—No sé quiénes son. Tengo que ir a París. No puedo llevarme conmigo a esta muñeca. ¡Borricos, zopencos!...

Cayo y Policarpo, interpelados, asintieron con la cabeza.

—Vosotros la trajisteis. ¡Venga! ¿Qué hacemos con ella?

—Grandjean conoce a mujeres del campo, capitán. Podría llevarla a una buena nodriza, fuerte y rolliza, que durante unos años

la cuídase—explicó Cayo.

—Comprando una vaca, capitán, el viejo Grandjean podría cuidarla, y así, cada vez que vinieseis, veríais crecer a Hermosilla... —insinuó Policarpo.

Grandjean iba a iniciar una protesta, pero le atajó el recio puñetazo que Juliot Legars propinó en la mesa.

—¡Qué vaca ni qué nodriza, par de alcornoques endemoniados que me estáis sacando de quicio!...

La vena hinchada en la frente del corsario, presagiaba tormenta. En la mesa, Violeta Mancini hizo pucheros, y, sorbiéndose los labios, empezó a llorar, asustada por el puñetazo y la bronca voz colérica de Juliot Legars.

El capitán corsario amansó la voz y el gesto. Su índice se apoyó delicadamente en el centro del cuerpecillo, y musitó:

—No va contigo, Hermosilla... Duerme, y no te preocupes por lo que oigas... No tienes tú la culpa de nada...

Grandjean, que no era un gran talento, preguntó :

—¿Se llama Hermosilla?

Violeta Mancini cesó de llorar, rodeando con sus manos el índice del capitán corsario, que, con reprimida ufanía, miró colérico a los dos españoles.

—Al primero que eleve la voz, le rebano la nuez—anunció, con evidente injusticia—. Vamos a ver... No sé cómo se llama... Pero este par de mulos resabiados dicen que es hermosilla, que en nuestra lengua, Grandjean, significa *joliette*. Vamos a ver... La llevarás al campo, Grandjean. Que te acompañen estos dos borricos. Elegid bien la nodriza. Dadle... cinco luices por mes como paga. Y cuando la muñeca tenga tres años, o cuatro, ya veremos; la meteré en un convento, a que aprenda a bordar y a cocinar. Eso es.

Miró torvamente Julio Legars a los tres,

—¡Extended las manos!

Los tres obedecieron.

—Juramos que, en faltando uno de nosotros, los que queden cuidarán de Hermosilla como... padres adoptivos.

—¡Juramos!—dijeron los dos españoles, con entusiasmo, Grandjean con obediente disciplina.

—Suéltame, muñeca—dijo Legars, tratando de separar su dedo índice aprisionado—. ¡Es fuerte, la condenada!—añadió, admirado—. Tengo que irme... El rey me espera, y debo darle cuenta de mis singladuras. Regresaré dentro de cinco días. Y..., bueno, ya sabéis... Adiós, guapa... Será rubia como el oro, y con esos ojazos azules enamorará...

Logró por fin desprender su índice. Violeta Mancini dormitaba en el centro de la mesa.

Y Juliot Legars marchó a París, ignorante de que no iba a regresar.

* * *

Grandjean hacíale el remolón.

—Cada semana un viaje al campo, nada tiene de agradable, españoles. Esta mocosa me va a dar mucho trabajo...

—A ti no, egoistón, sino a la nodriza—rió Cayo.

Y Policarpo estuvo por esta vez de acuerdo con su amigo. Quedó la niña en una aldea de la montaña, a cargo de una lozana campesina, que juró y perjuró que por cinco luises al mes, no una, sino veinte criaturas era capaz de amamantar.

Al término del quinto día de espera, en la casa de Marsella, Policarpo empezó a sentirse inquieto,

—Tarda el capitán, Cayo.

—Para eso es el capitán, besugo.

El sexto día, un escuadrón se apoderó, en nombre del Rey de Francia, del velero corsario, y un nuevo capitán tomó el mando, declarando que cuantos a bordo quisieran seguir, permanecerían bajo sus órdenes.

Cayo y Policarpo pidieron la paga que les pertenecía, y declararon no querer continuar sino a las órdenes de Juliot Legars.

El nuevo capitán no se ofendió.

—Ya sé que erais los dos fieles del pobre Legars... Era un buen marino.

—¿Qué... qué le pasó?—inquirió Cayo, lívido.

—Mató en duelo a un par de Francia. A estas horas su cadáver cuelga del patíbulo.

* * *

Grandjean supo la noticia. Gruesos lagrimones cayeron de sus ojos seniles.

A modo de oración fúnebre, comentó:

—Era un gran valiente. Noble, mucho corazón pero muy impetuoso, con arrebatos de ira furiosa... ¡Maldito sea el par de Francia que fué tan torpe como para retar a mi... mi Juliot!

Se puso en cama, para no levantarse más. Cinco días después moría, tras haber oído por la abierta ventana la voz del pregonero real anunciar que, como castigo ejemplar que de escarmiento

sirviera a los buenos servidores de Su Majestad que en rebeldía contravenían su reciente disposición sobre los duelos, el capitán Juliot Legars, bravo marino, había incurrido en culpabilidad, y, por lo tanto, "con pesar", había sido ahorcado.

Entristecidos, Cayo y Policarpo quisieron ahuyentar el uno del otro la melancolía.

—Si nuestro capitán no llega a ser honrado servidor del rey, ¿qué le hubiera hecho el verdugo?

—Con pesar... lo habrían descuartizado lentamente. ¡malditos sean todos!

Tomaron la decisión de no navegar más. Trabajaron en la misma aldea donde era cuidada Violeta Mancini.

La niña se acostumbró a ver en ellos a sus padres.

—Pero, cuando crezca, ¿cómo le diremos que dos padres a la vez nadie los tiene... a sabiendas?

—No seas bruto, Cayo. Le diremos..., ¡eso es!..., que su padre fué Juliot Legars, y, como lo quiso él, irá al convento para aprender a bordar y a cocinar.

De los cinco años a los doce, permaneció Violeta en un convento, recibiendo semanalmente la visita de los que llamaba "padres".

Y un día, Cayo y Policarpo, que estaban contando sus ahorros, porque traficaban con provecho en sederías y vinos, recibieron la sorpresa mayor e inimaginable...

Por bajo la puerta oyeron un susurro. Pensaron en algún lagarto. Siguieron apilando monedas...

—¡Eh, tú! ¡Una carta!—exclamó Cayo, señalando el suelo.

—Y a mí, ¿qué? No tengo amores...

—Yo, tampoco.

La recogió Policarpo. Y deletreó, admirado:

—¡Anda, pero si es para nosotros dos!

En el recio sobre, decía:

"Cayo y Policarpo. Antiguos corsarios del capitán Legars. Marsella."

La abrieron con febriles movimientos:

"Por la fidelidad que mostrasteis siempre a Juliot Legars, tendréis merecida recompensa. Juliot Legars vive..."

—¡Vive!—aulló policarpo.

—¡Vive!—gimió Cayo, enajenado de alegría.

—¡Lee!

"...Juliot Legars vive. No puede regresar a Francia. Acosado por doquier, tardará en poder contemplar a la muñeca, aunque mucho lo desea. Me está dictando estas líneas en un puerto antillano... Os llevará esta carta un marino de mi tripulación, que sabrá dar con vuestro paradero. Y el capitán Legars, malherido, pero que sobrevivirá, porque, como dice, su piel es de cuero y su sangre inagotable, os ordena que os instaléis en Venecia, por motivos que os revelará llegado el momento. Allí, esperad noticias suyas."

No había firma. No revelaron los dos a Hermosilla las noticias que tenían de la existencia de Juliot Legars.

Partieren obedientemente a Venecia. Pasaron ocho años, y, lentamente, fueron perdiendo toda esperanza de nunca más volver a ver al impetuoso y temerario Legars.

* * *

La noche del mismo día en que Gino Mancini renovó a Corvineli su deseo de entrevistarse prontamente con Hermosilla, ésta encontrábase acodada a la ventana de su habitación, absorta en sus pensamientos.

La primera vez que habia ido al palacio del Dux, se cruzó con un joven que la miró sin impertinencia...

La saludó al pasar, y ella devolvió con reverencia el saludo. Supo después que aquel joven llamábase Fausto Mancini, y era hijo del temible jefe de policía...

Y aquél era el secreto de amor que a nadie confió. Estaba enamorada del hijo de Gino Mancini, y no quería ni confesarlo a sus padres adoptivos.

Sabía que fue tan sólo cortés curiosidad lo que hizo que Fausto Mancini se fijara en ella. Y tardaba todas las noches en conciliar el sueño...

Eran ya cerca de las diez. Una. linterna suspendida a un hierro transversal sobre el tramo aquel del canal Borghese, esparcía una escasa luz vacilante.

La joven estaba en la ventana desde hacia unos veinte minutos, cuando fue arrancada bruscamente de sus pensamientos por un objeto que, lanzado desde el obscuro canal, pasó por encima de su cabeza y fué a caer en medio de su habitación.

Ella retiróse, cerrando apresurada la ventana y los maderos, creyendo que algún malandrín, viéndola destacar en el cuadro de

luz de la ventana, la hubiese arrojado alguna piedra.

Era, en efecto, una piedra lo que encontró en su habitación. Pero una piedra alrededor de la cual aparecía un papel.

Extrañada, Hermosilla lo recogió, y, acercándose al candil, vió que sobre el papel había algunas lineas escritas.

Leyó:

"Habéis sido distinguida por el conde Gino Mancini. Mañana, alguien se presentará en vuestra casa de su parte para conduciros ante él, con el pretexto de que desea encomendaros la confección de ciertos encajes, en cuyo arte sois maestra. Estáis ya advertida de la verdadera intención del conde Mancini. Libre sois de hacer lo que queráis. ¿Quién soy? No os importe. Sabed tan sólo que, convencido de vuestra virtud, preferiría evitar os convirtierais por unas noches en la amante del tenebroso florentino, en cuya góndola roja sólo hallaríais oprobio y tardío arrepentimiento. Quemad esta misiva."

La joven releyó varias veces aquel mensaje, para convencerse de que no estaba soñando. Le parecía inverosímil que el Muy Poderoso Señor Mancini prestara la menor atención a una humilde trabajadora.

Pensó que se trataría de alguna chanza pesada, y arrugó el papel, quemándolo a la llama del candil.

A la mañana siguiente abandonó su hogar temprano, para ir a llevar distintas labores en varios domicilios.

Cuando regresaba a la tienda en la que sus dos padrinos traficaban en vinos, y exponía ella sus encajes, encontró a los dos españoles esperándola, acechando su regreso.

—¡Corre, pequeña, corre!—exclamaron, apenas la vieron desembocar por el malecón.

—¿Qué sucede, padres? — sonrió ella, abrazándolos.

—Te han venido a buscar—dijo Cayo.

—¿Adivinas de parte de quién?—añadió Policarpo.

Y los dos a la vez, anunciaron, solemnemente:

—De orden del excelentísimo señor conde Gino Mancini.

Hermosilla ahogó una exclamación. Comprendió que la advertencia misteriosa, que creía obra de un grosero bromista, era un aviso sincero.

—¿Estáis seguros—preguntó, con voz alterada— que no se trata de una chanza?...

—No hay broma alguna. El lacayo que preguntó por ti llevaba la librea del conde, y nadie en Venecia se atrevería a usarla

indebidamente. Le hemos dicho que estabas ausente, y nos ha recomendado de parte del conde que sin falta vayas a Palacio esta tarde.

—No, ¡no!...—exclamó ella, asustada—. No quiero... No iré..

—Pero... ¿qué te ocurre? No puedes negarte, Hermosiüa.

—Claro que no—corroboró Cayo—. Piensa que un deseo expresado por un tal personaje es igual que la orden de un capitán a bordo.

—¡Es horrible!—gimió ella.

Los dos españoles se miraron, estupefactos.

—¿Dónde esta lo horrible?—quiso saber Cayo.

—Pero ¿por qué tiemblas, criatura?—extrañóse Policarpo.

—Habéis creído que... el conde Mancini quiere adquirir un trabajo de encajes...

—Naturalmente. Ahora los elegantes llevan la moda parisina que...

—¡Es un pretexto! ¡ Quiere atraerme a su góndola del pecado!

—Locuela—murmuró Cayo.

—No seas malpensada—musitó Policarpo.

—Sí, es un pretexto—prosiguió Hermosilla, con creciente excitación—. Me han advertido... Si me niego a ir, corremos peligro los tres. ¡Protegedme, padres! Yo... ¡yo no quiero convertirme en la amante de Gino Mancini!

Y con una expresión de terror en los azules ojos, Violeta Mancini, escondiéndose el rostro entre las manos, apoyóse contra sus padres adoptivos, que, aterrados, no sabían ya qué pensar.

En aquel mismo instante, tras los cristales del escaparate, asomó el rostro, para desaparecer casi inmediatamente, Loredan Corvineli.

Capítulo II

PADRE E HIJA

Dejaron ambos españoles tranquilizada a Violeta, asegurándole que hallarían solución, y que descansase hasta que ellos decidieran.

—¿Nos damos el vuelo, Cayo?

—Tarde... Mira sin mirar, ¿comprendes? Haz ver que arreglas los encajes del escaparate... Verás en el malecón dos tipos, que, claramente, son espías de Mancini.

—Entonces..., si no huimos, y no va ella esta tarde a Palacio, el endemoniado florentino es capaz de ordenar que se la lleven a la fuerza.

—¡Vive el Cielo, que antes de poner sus sucias manos sobre nuestra niña, perderán muchas plumas esos pajarracos!

—De acuerdo, pero... no la salvaríamos.

—¿Qué hacer, qué hacer?

Discutieron largo tiempo, y, por fin, llamaron a Violeta.

—Ya está arreglado, Hermosilla. Tenemos que cerciorarnos de las intenciones de Mancini. A lo mejor..., sólo quiere encajes.

—¡No!

—Espera... Esta tarde, a las cuatro, irás a Palacio. No irás sola. Te acompañará Policarpo.

—¿Con qué pretexto?

—Uno muy natural. Mancini te cita bajo excusa de encargarte encajes. Es, por lo tanto, lógico que lleves muestras. Pero como tu colección es pesada, Policarpo tiene por costumbre acompañarte. Así, él, con más experiencia que tú, paloma, verá lo que quiere Mancini...

* * *

Policarpo, inclinado bajo el peso de numerosos álbumes que llevaba a hombros, sostenidos por correas, penetró tras Hermosilla en la antesala del gabinete particular del conde Mancini.

Un jefe de *bravis* destacóse de una arcada. Tras las demás columnas montaban guardia numerosos *bravis*.

—El señor conde me ha dado cita, señor—dijo Violeta Mancini.

—¿Vuestro nombre?

—Hermosilla.

El jefe *bravi* consultó un registro.

—En efecto. Os espera, y sois puntual. ¿Quién es éste?

—Mi padre adoptivo. Lleva los encajes que ha pedido el señor conde.

Con rápidos y expertos movimientos, el *bravi* se cercioró de que Policarpo no llevaba armas algunas aparentes , ni escondidas.

—Id. Por allí. Sois esperada.

* * *

Otro *bravi* abrió la puerta que daba entrada al gabinete. La emoción de Hermosilla era tanta, que permaneció unos instantes en el umbral, como incapaz de moverse.

—Avanzad, señorita...—indicó Mancini, amablemente, levantándose y volviéndose a sentar, en breve saludo.

Al adelantarse ella, y cerrarse la puerta, quedó visible Policarpo.

—¿No venís sola?—preguntó, contrariado, Mancini.

—Policarpo, Excelencia—se presentó el antiguo corsario—. Soy Policarpo, el padre adoptivo de Hermosilla. Vuestro muy humilde servidor.

—¿A qué habéis venido?...—pidió, con dureza, Mancini.

—Su Excelencia expresó el deseo de ver encajes, y las muestras pesan mucho. Por eso he acompañado a Hermosilla.

El semblante del español expresaba tanta sinceridad, que el florentino estimó que su presencia no sería molesta. Policarpo estaba ya desatando las correas y sacando hojas de cartón, sobre las cuales estaban cosidas varias muestras de encajes...

—Estos tres modelos son muy bonitos, señor conde—dijo ella, presentando tres hojas a Mancini.

Éste se levantó, acercándose a una ventana.

—Venid vos, señorita. Y vos, permaneced donde estáis hasta que os llame.

—Ha debido ser para vos una sorpresa, ¿no?— inquirió, en voz baja, Mancini, cuando ella estuvo a su lado.

—Sí, señor conde. No esperaba tanto... honor...

—¿Qué habéis pensado?

—He pensado, señor conde, que tuvisteis ocasión de ver mis encajes, y os parecieron apropiados para ornar alguno de vuestros jubones.

—Hermosos son vuestros encajes, pero os diré que lo que me ha seducido no son las labores, sino la obrera.

—¡Oh, señor!—musitó ella, enrojeciendo ante el brusco ataque.

—¿Qué me contestáis?

—Os burláis de mí, señor conde. ¿Cómo una humilde artesana de mi condición podría merecer la atención del omnipotente jefe de los ocultos poderes de Venecia?

—Pues así es, pequeña—susurró Mancini, inclinándose al oído de Violeta Mancini—. El Azar quiso que te viera hace unos días. Y desde aquel instante no ceso de tener ante mis ojos tu delicioso semblante.

Aumentó el rubor en las mejillas de Hermosilla, al sentir aprisionada su diestra entre las manos del florentino, que añadió:

—He aquí unos bellos dedos que han sido hechos para llevar hermosos anillos, y no para cansarse y estropearse trabajando con agujas. Estoy seguro que desearás tener hermosas joyas, hermosos collares, bonitos vestidos y dinero...

—La riqueza no se hizo para mí, señor conde.

Estaba prevenida por sus padres adoptivos de que, oyera lo que oyese, no mostrase rebeldía.

—Sí, pequeña. Y sólo de ti depende...

En aquel momento, la voz de Policarpo se elevó, cercana:

—Excelencia, acabo de escoger otros modelos que os...

Mancini hizo un gesto de impaciencia.

—Después, después. Por ahora no he acabado de examinar estos tres que vuestra hija adoptiva me enseña.

Alejóse Policarpo, ya convencido del infame deseo del florentino.

—Escucha, Hermosilla—susurró Mancini—. Tengo en mi palacete unas blondas de Florencia, muy antiguas, que tendrían que ser arregladas. Es preciso que las veas...

—Estoy a las órdenes del señor conde. Si tenéis la bondad de enseñármelas, yo veré...

—No están aquí. Ven esta noche a mi palacete, y con tranquilidad las podremos examinar.

Al hablar, Mancini devoraba a la joven con la mirada.

Hermosilla, sintiéndose al borde del desmayo, bajó la vista.

—Esta noche, a las diez, mi góndola pasará a buscarte. Nada digas a tus dos padres adoptivos... Vendrás...

—No sé si podré, señor...

—¡Vendrás! Piensa bien, pequeña, que si a las diez no entras en mi góndola..., a la fuerza vendrías, pero ellos dos irían a parar a los Fosos. ¿Entendidos, preciosa? Esta noche, a las diez, pasará mi góndola a buscarte.

Ella, con la cabeza, hizo una señal afirmativa.

Gino Mancini, ardientes los ojos, separóse de la ventana, y se

acercó al lugar donde esperaba Policarpo.

—Bien, amigo—dijo con campechanía—. He decidido que sea la señorita Hermosilla la que escoja a su gusto. Y también, como hombre, ya entrado en años, no he podido evitarme dedicarle madrigales, pero sin mala intención. No os deis prisa, Hermosilla... Dentro de cuatro o cinco días puede el señor Policarpo traerme vuestra obra de arte.

En la calle, el español rompió el silencio:

—¿Qué te susurraba el muy tuno?

—Como dijo: madrigales... Nada más.

—Es muy feo eso que estás haciendo, paloma.

—¿El qué, padre?

—Mentir.

Muy decidida a no sacrificar a los dos hombres que para ella lo eran todo, y prefiriendo sucumbir, porque había pensado que apenas entrase en la góndola roja, se daría muerte, Violeta Mancini supo hallar acentos de sinceridad convincente:

—No miento, padre. Me diio que yo era muy bonita, y quiso saber si yo tenía prometido.

Tranquilizó ella a los dos antiguos corsarios. Pero al atardecer, cuando se disponían a cenar, Cayo anunció una novedad.

—Con todas estas emociones, me olvidé deciros que Gaspar no vendrá más. Le pillé hurgando en tu alcoba, Hermosilla.

Ruborizóse ella.

—Le propiné una buena paliza y lo eché, advirtiéndole que si asoma a una distancia de cien metros, le iré propinando puntapiés hasta arrojarlo al canal. Estaba... ¡jem!... leyendo unos papeles que tú... prefieres a nosotros, ingrata.

—¡Hombre, compadre!—protestó Policarpo, que no sabía de qué se trataba—. No llames ingrata a Hermosilla. ¿No ves que la haces llorar, mentecato verdugo?

Hermosilla susurró:

—Me daba vergüenza decíroslo, padres. Quiero... a un joven cabellera... ¡y es vergonzoso!

Aludía, sin expresarlo claramente, a verse requerida de amores por el padre de Fausto Mancini, ignorante de la trágica paternidad que la unía a Gino Mancini.

—Nada hay de vergonzoso en amar, pichoncita—dijo, enternecido, Policarpo—. Anda a descansar, y mañana nos contarás quién es el afortunado galán.

Abrazó ella con gran efusión a sus dos padres adoptivos, que atribuyeren los numerosos besos y los convulsivos abrazos a

arrepentimiento por conservar en secreto un enamoramiento.

Encerróse ella en su habitación. Cayo miró hacia la puerca.

—Un caballero, Policarpo.

—Ya lo veo. ¿Qué querrá?

—Abre y lo sabrás. Tienes preguntas que atontan.

—Y tú comentarios que alelan, pedazo de atún.

Acercóse Policarpo a la puerta, que abrió. Entró Luys Gallardo.

—Buenas noches—saludó en español—. ¿Sería posible encontrar un jugo puro de vid castellana?

CAPÍTULO III

LOREDAN CORVINELI

Eran las siete de la tarde, cuando Gino Mancini recibió a su secretario particular.

—¿Disteis por fin con la pista de nuestro amigo el conde Murió?

—Si, excelencia. Ha sido herido en Rugieri.

—Diantres, diantres...—murmuró Mancini, que habría deseado oír: “Ha sido muerto en Rugieri”. Muerte que no se atrevía él a ordenar, por determinadas advertencias de Galeazzo Muzio. —¡Qué deplorable desgracia! ¿Y cómo sucedió?

—Cumpliendo órdenes, he dispuesto que Bighorne pase a los fosos, porque no supo evitar que Monna Olimpia partiera de Sansovino, burlándole. El agente Vittorio no tenía la misión de vigilarla, y por eso se limitó a constatar su presencia en Rugieri. Al parecer, Monna Olimpia sostuvo una discusión con el conde Muzio... Después, ya en el patio de la “Hostería del Sol de Oro”, un desconocido hirió en duelo al conde.

—¿En duelo leal?

—Eso afirman el mesonero y los lacayos, que ignoran la identidad tanto del herido como del agresor.

—Diantres... ¡Buen espadachín el que hirió a mi amigo! ¿Y qué dice Galeazzo?

—Hacia aquí viene, excelencia.

—Veremos lo que nos cuenta. Esta noche, a las diez en punto, la góndola pasará a recoger a Hermosilla. Ordenad a los gondoleros que la lleven a mi palacete. ¿No me felicitáis?

—Os envidio, excelencia.

En la puerta, cuatro llamadas espaciadas fueron traducidas por Gino Mancini.

—Nuestro amigo Galeazzo viene.

Poco después abríase la puerta, y pálido, con un brazo en cabestrillo, apoyándose con la zurda en ancho bastón, entraba Galeazzo Muzio.

Loredan Corvineli hizo acción de irse.

—Hola... No os vayáis, Loredan. Lo que he de decir, lo sabéis en parte, y el resto os lo contaré, para evitar trabajo a vuestros espías...

—Yo, señor conde...—empezó a decir Loredan Corvineli.

—Ya sé, ya sé... Espiáis a Monna Olimpia, y por eso sabéis los sucedido.

—No seas injusto con Loredan—indicó suavemente, Mancini.

Tenía la expresión que una vez calificó Muzio como: “Un gato deseando destrozar a un ratón bien cebado pero venenoso, al que sabe no puede hincar el diente”.

—Creo que sería preferible que Loredan acudiera a sus menesteres—añadió Mancini.

Loredan Corvineli abandonó la sala.

Galeazzo Muzio se sentó pesadamente. Rió sin alegría:

—No estoy aún enterrado, Gino.

—Habitualmente soy rápido en entender las indirectas, Galeazzo, pero esta vez confieso mi obtusa y roma inteligencia.

Con la mano zurda pegó Muzio un puñetazo en la mesa.

—¿Cuánto pagaste al diablo espadachín para que me perforase?

—No te extravíes, Galeazzo. Suponiendo que fuera tan necio como para enviarte un matador, lo buscaría de clase inmejorable... y no estarías aquí, sino comiendo malvas por las raíces.

La brutalidad del argumento convenció a Muzio.

Narró sucintamente lo ocurrido, y cómo, al recobrar el conocimiento, se enteró que tanto Olimpia Steno come el desconocido espadachín habían abandonado Rugieri.

—Bien, bien—empezó a decir Mancini, con voz temblorosa de cólera contenida—. El arrogante y conquistador conde Muzio se dedica a juguetear con papeles que me interesaban, porque tal vez con ellos hubiera demostrado al Dux que era extraño que su hermana tuviera tanto interés en buscar extranjeros sin familia en Venecia.

—Ya lo sabemos ahora.

—Pero sin pruebas, yo nunca acuso. ¿Sería posible que dejaras en paz a Olimpia? Te desprecia...

—Tanto más me gusta. No quiero fortunas fáciles.

—Hemos llegado muy lejos, Galeazzo. Tenemos una posición sólida. No quiero que la comprometas. Sabes que quiero con toda mi alma...

—Ah, ¿pero tiene? alma? ¿Dónde la compraste, que iré a buscar una para mi uso personal?

—No es hora de imbecilidades. Sabes que para mí, Fausto es cuanto limpio y noble tengo. No he vacilado en hacerle vigilar y encerrar en sus habitaciones, con tal de no suscitar la susceptibilidad del Dux. Mucho menor es tu sacrificio... Deja en paz a Olimpia, que no es más que una dañina coqueta.

—Que callará, y nada dirá a su hermano, porque también yo puedo acusar.

—¿Qué pruebas? ¿Dirás que un joven vagabundo te atravesó el hombro, perdonándote la vida?

—¡Cuidado, Gino!—protestó, irritado en su amor propio de esgrimista, Galeazzo Muzio.

—Cuidado tú, Galeazzo. Ante tu torpeza, no sé cómo me aguanto y no te hago encerrar en los fosos.

Galeazzo Muzio, que hasta entonces, aunque irritado, iba soportando tranquilamente la reprimenda de su cómplice, adquirió ahora un tono protector:

—Poco a poco, hijo mío. Vas un poco lejos—fue diciendo, con familiaridad— Sé muy bien que son simplemente amenazas, pero no me gustan, y las considero inútiles.

—No me desafíes, Galeazzo, porque mi paciencia podría terminarse un día u otro.

—Yo no te desafío, querido Gino, pero también te confieso que no te temo. Ya sé que te gustaría mucho acompañar mi féretro al cementerio. No protestes, ¡por Baco! Entre nosotros, al menos, seamos un poco sinceros. Comprendo que es enojoso, cuando como tú se llega a la cúspide del poder, este poder secreto que tanto aprecias, tener al lado a un hombre que ha estado mezclado tan de cerca a tu pasado, sobre lodo... cuando este pasado es algo delicado...

—¡Galeazzo!

—Si, querido... Sin este, Galeazzo, no serías lo que hoy eres, y estuviste muy contento de encontrarme hace veinte años. Lo que sucede es que estás acostumbrado a que todo el mundo tiemble y se incline ante ti, y cuando estamos solos y me ves, compadre, tu orgullo se pica. Sin embargo, ante los demás, yo te trato con gran deferencia, pero a solas, ¿por qué sentirte orgulloso, Gino? Ya sabes que tus aires de gran señor no me hacen efecto. Hablemos tranquilamente, como antaño, en camaradas. Por ejemplo, como la noche en que viniste a encontrarme en Florencia, allá en mi buhardilla de los bajos barrios del Arno. ¿Te acuerdas? Me tratabas entonces con más cariño. Implorabas, consentiste en escribirme cierta declaración...

—¡Cállate, por favor!...

—¿Para qué? Estamos solos, y es bueno evocar nuestra juventud, de vez en cuando, para refrescarte la memoria. Era el 10 de noviembre de 1487, y partí a Livorno... Una fecha y una ciudad que no debes olvidar, hijo mío, cuando hables con tu viejo compadre Galeazzo.

—¿Tienes quejas de mi? ¿No te he asociado a mi fortuna?—

interrogó Mancini, con tono suavizador—. Pero esto no obsta para que te diga que has sido torpe con Olimpia Steno.

—Es muy tentadora. Ya sabes que rechazó con desprecio mi corte discreta. Y al poseer un medio de obligada a ser... menos inhumana conmigo... quise emplearlo. ¿Acaso me está prohibido, a la vez que sirvo tus intereses, sprvir los míos?

—¿Servir mis intereses?—ironizó Mancini—. Tú sabías que me hubiera interesado mucho poseer esa relación de extranjeros. Y ¿te atreverás a negar que si ella hubiera aceptado, no le habrías devuelto estos papeles?

—Seguro que se los habría devuelto—dijo Muzio riendo cínicamente—, pero no antes de haber obtenido el precio que pedi. Mi lema es: “Toma y daca”.

—¿Qué importa el momento, desde mi punto de vista, puesto que se los hubieras devuelto, si no te los hubieran quitado?

—Importa mucho, Gino, porque los documentos que yo habría devuelto se hubieran parecido como hermanos gemelos a los que intercepté..., sólo que no hubieran sido los mismos.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que en cierta ocasión, hijo mío, te demostré que poseo un gran talento en imitar escrituras ajenas. Hace de esto también vente años, ¿recuerdas? Vaya, vaya... Dejémonos de rencillas. Me voy a dormir... Y mañana ya procuraré echarle el lazo al joven gallo que me cortó el paso.

Los dos cómplices, de nuevo reconciliados, se separaron. Mancini, para encaminarse a su palacete, y Galeazzo Muzio, para ir a consultar a Loredan Corvineli.

* **

Loredan Corvineli, al salir del gabinete de Mancini, se dirigió al suyo.

Un ingenioso procedimiento acústico le permitía oír cuanto se hablaba en el despacho de su jefe, y, palabra por palabra, oyó la entera discusión entre Galeazzo Muzio y Gino Mancini.

* * *

Al entrar Galeazzo Muzio en el despacho de “el Paduano”, le encontró acodado en la mesa, la cabeza entre las manos y el rostro lívido.

—¿Qué os pasa, Lorcdan?

Corvineli, que no había oído entrar a su segundo jefe,

sobresaltóse.

—Nada, señor conde—esforzóse en sonreír—. Me acaba de dar un vahído... Sin duda, un vahído...

—Trabajáis demasiado, Loredan. Y lo siento, pero os quiero encomendar algo muy importante para mí.

—Mandad, que tengo especial placer en serviros, señor conde.

—Que vuestros agentes averigüen si acompañando a Monna Olimpia o solo, un joven, cuya descripción física aquí tenéis escrita por mí, ha entrado en Venecia.

—¿Y si es encontrado?

—¡Por Baco! ¡Cazadlo vivo! ¡Sin el menor daño! Es un asunto muy personal. ¿Cuento con vos, Loredan?

—Incondicionalmente.

Salió Galeazzo Muzio contento, con la seguridad de que si su desconocido agresor estaba en Venecia, no tardaría en caer en su poder.

Corvineli le siguió con la mirada, y permaneció largo tiempo con los ojos fijos en la puerta por la que había salido.

Murmuró como en trance;

"Una fecha... una ciudad que no debes olvidar, hijo mío... Era el 10 de noviembre de 1487, y partí a Livorno."

Una fecha y una ciudad que tampoco nunca había olvidado...

"También ha dicho: "Creo que en cierta ocasión, hijo mío, te demostré que poseo un gran talento en imitar escrituras ajenas. Hace de esto también veinte años, ¿recuerdas?"

Hundió más los dedos entre sus cabellos, en nervioso gesto.

—Imitar las escrituras—siguió expresando, en voz baja, su pensamiento—. Esto explica lo que hasta hoy era para mí inexplicable... Se ha levantado una esquina del velo misterioso... La carta encontrada en la mano crispada de la muerta y que me hacía dudar del crimen... ¡es Galeazzc Muzio quien la escribió! Todo le acusa... Pero me es preciso tener la certeza absoluta... Nada dijeron de la niña... Para erigirme en implacable justiciero, debo conocer todo cuanto hicieron... ¡Paciencia, Lorenzo!... Paciencia, porque ya el tiempo no tiene extensión para ti... Has esperado años y años sin desfallecer. Y la venganza te ha conducido por la sombra impalpable en que se envolvían los culpables. Se va aclarando el misterio. Y conseguirás disipar por completo la sombra. Ya sabré cuál es el escrito que hace temblar a Mancini..., y entonces, más ardiente, más feroz será mi venganza...

Loredan Corvineli, "el Paduano", para todos los de Venecia... Lorenzo Cipriani, el milanés, abatió la frente entre las manos,

sollozando:

—¡Leonora, Leonora!

Recuperóse pronto. Ardieron sus ojos bañados en lágrimas:

—Y ahora, víboras..., conoceréis lo que es fracasar... ¡Tú, Mancini, en tus torpes deseos! ¡Y tú, Muzio, en tus ruines propósitos!

Capítulo IV

UN VINO GENEROSO

Policarpo y Cayo, al verse interpelados en su propio idioma, saludaron alborozados:

—¡Pasad, caballero!

—¡Avante, señor!



Luys Gallardo aceptó el escabel.

Luys Gallardo aceptó el escabel que a la vez le presentaban los dos antiguos corsarios.

—Un buen trago de Jumilla, señor.

—Eso es, Cayo. Del mejor... Aquel que nos trajeron hace tres años. Yo me llamo Policarpo, señor.

—-Y yo Cayo—dijo, cavernosamente, el que hundía busto y

cabeza en un gran boyo tras una cortina.

—Luys Gallardo, castellano, errante y amante de los vinos generosos, las sonrisas de mujer y las nobles peleas.

—¡Ah, ah!...—rieron a la vez los dos.

—Me gustáis, señor Gallardo—declaró, sentenciosamente, Cayo —. Tengo buen golpe de vista, y sois de los sanos.

—Eso es. De los cabales.

—¿Cómo disteis con esta casa?

—Largo de contar. En Rugieri, una dama con antifaz tuvo un pequeño incidente, y me habló de Venecia, a la cual llegué esta mañana, hospedándome en la "Hostería de San Marcos".

Elevó la copa Luys Gallardo, chocándola contra las otras dos. Bebió, y guiñando un párpado, comentó :

—Este vinillo resucitaría a una momia egipcia. Bien, pues, como decía, la dama en cuestión creyó que me dirigía a Venecia para... visitar a una doncella llamada Hermosilla, de la cual la primera noticia era la que obtuve entonces.

Miráronse entre sí los dos corsarios retirados.

—¿Y qué os dijo la dama?

—Algo extraño, que os repetiré por si lo ignorabais. Al parecer no debe apreciar mucho a un tal Gino Mancini... Por cierto que, de paso, os comunicaré que allá en Rugieri, sin saber de quién se trataba, atravesé limpiamente en duelo un hombro al señor conde Muzio,

—¡Cáscaras!

—¡Rayos!

—Y la dama del antifaz, convencida de que le concedo escasa importancia a vivir, ya que me gusta la aventura, o como dice en palabras más gráficas un buen amigo mío, me encanta el follón, me aseguró que si proseguía viaje a Venecia poco iba a durar...

—Buen consejo os dió, señor Gallardo. ¡Ahi es nada! ¡Tumbáis al conde Muzio y os alojáis en la muy visible "Hostería de San Marcos"!

—¿Qué os dijo de Hermosilla?—preguntó Cayo, más práctico.

—Por aquello de que era español, me aseguró que Mancini pretende, de infame deseo, a la gentil y virtuosa Hermosilla... No lo toméis a mal, señores. pero donde hay dos espadas, una tercera, si es también española, viene de perilla.

—Gracias de todo corazón, señor, pero el caso es que Mancini se ha limitado a dedicar madrigales a Hermosilla, sin,...

Interrumpióse Policarpo, porque, asiéndole del brazo, gimió Cayo:

—¿Es el vino, compadre? He... he visto otro... papel deslizarse... por debajo de la puerta... ¡Y un fantasma ronda!

Policarpo tocóse la sien, barrenando con el índice.

—No hagáis caso, señor. De un tiempo para acá, este boquerón está siempre viendo visiones.

—El papel ahí está—dijo Gallardo.

—Sí, pero no el fantasma.—Y Policarpo avanzó, recogiendo el papel.

Lo desdobló, movió los labios, enrojeció, asió el frasco y sirvióse una copa llena, que apuró.

Tendió el papel a Cayo, que repitió las mismas operaciones.

—Leed, señor. Sois español y vuestro semblante me agrada. ¿Puede leer, verdad Policarpo?

—Sí... Tres sesos trabajan mejor...

Leyó Luys Gallardo:

"Esta noche, a las diez en punto, la góndola roja de Gino Mancini, con sus seis esbirros y sus dos verdugos, pasará a recoger a Hermosilla para conducirla al palacete. He sabido que ella aceptó no revelarlo, por temor a que vosotros fuerais prisioneros de por vida en los fosos. Tres espías vigilan vuestra casa. Quemad este papel."

Aplicó Gallardo el papel a la llama de una de las velas del candelabro puesto sobre la mesa...

Cayo señaló de nuevo hacia la puerta:

—¡El fantasma!

Policarpo abalanzóse hacia la puerta, que abrió. La penumbra del malecón revelaba los desiertos soportales.

Sólo a cada extremo veíanse dos siluetas reclinadas contra una columna, y una tercera sentada al borde del muelle.

Cerró con violencia la puerta.

—No enturbies ni compliques las cosas, Cayo... ¿No nos basta con lo que sucede? ¿Qué diablos de fantasma...?

—¡El capitán..., el capitán Legars! ¡Lo he visto con mis propios ojos! ¡Me sonrió... y se esfumó!

Con benevolencia, Policarpo palmoteo el hombro de Cayo.

—Siempre estás soñando con él... Murió... cuando no ha venido... Él sí que ahora nos serviría de mucho...

—No quiero tener la pretensión de igualar a ese desconocido capitán Legars, pero, si me lo permitís, señores, os recordaré que, por ideal, siempre he puesto mi espada al servicio de las damas, y como la amenazada es Hermosilla, aquí estoy... ¡y poca cosa me

parece una góndola!

Cayo miraba con insistencia hacia la puerta. Policarpo se sentó, bebiendo otra copa, y sirviendo al trovador.

—Faltan aún dos horas para las diez, señor Gallardo. Apreciamos en mucho vuestra generosa ayuda, pero desgraciadamente..., ¡nadie hasta hoy ha desafiado al conde Mancini!

—Razón de más para que empecemos, ¿no? Seis dagas llevo, y adquirí cierto renombre por lanzarlas con bastante rapidez. Quedarían, pues, dos verdugos y tres espías.

—¿Y después, señor?

—Yo, primero me enzarzo en la acción, y después medito. La misma góndola nos puede servir para abandonar Venecia..., poner a buen recaudo a Hermosilla, y después, ya regresaré para conocer personalmente a Ser Gino Mancini.

Cayo sonrió. Policarpo rió...

—No sois ningún fanfarrón, señor Gallardo. ¡Sed nuestro capitán! Os seguiremos animosos...

—Y remaremos con vigor, que de esto entendíamos mucho, ¿verdad, compadre?

De pronto abatió los brazos el que hablaba, y su rostro expresó el mayor desencanto:

—¡Imposible!... En cada canal, los remeros dan la contraseña a los destacamentos... No la conocemos... ¡Es desesperante!

—No os desesperéis de antemano amigos. ¿No conocemos la contraseña? Se puede averiguar... Aun quedan dos horas...

Policarpo fué el que ahora, señalando con rígido dedo la puerta, gimió:

—¡El capitán! ¡Lo he visto! ¡Era él!

Luys Gallardo empezaba a pensar que se las había con dos buenos hombres, pero algo perturbados por visiones...

Miró hacia la puerta, volviendo la cabeza, y tuvo tiempo de ver cómo un hombre alto, hercúleo, levantaba precipitadamente el embozo de su capa, y desaparecía...

—¡Es el capitán Legars! ¡No entra porque... estáis vos aquí!

—¡Eso es!

—¡ Salgamos! ¡Él nos salvará de esta situación!

—Perdonad, señor Gallardo... Era... ¡es nuestro capitán! Hace veinte años que le perdimos...

Los dos corrieron saliendo de la estancia... Luys Gallardo bebió a sorbos otra copa, y en pie súbitamente, miró a la que de vecina habitación surgía.

Violeta Mancini murmuró:

—Soy Hermosilla. Todo lo oí, señor. Os doy gracias por vuestra generosa y valiente oferta de defenderme... Pero, ellos morirán... Sería inútil... Tengo que resignarme a...

—Bebed un sorbo de este vino generoso, Hermosilla. Y sentáos... que ellos regresarán con el milagroso capitán Legars. Y ya seremos cuatro espadas rendidas a vuestros pies. Y desde este instante, sabed que os admiro, porque para salvar las vidas de vuestros padres adoptivos, estabais dispuesta a...

—A morir, señor—dijo sencillamente ella. Y con triste sonrisa, añadió: —Ahora... casi tengo esperanzas, porque os he oído.

—¿Y no creéis en el milagroso capitán Legars?

—Mis pobres padres sueñan con él. Lo ven de cada tres noches, una. Pero el capitán Juliot Legars murió nace muchos años...

Aceptó la copa que le tendía Luys Gallardo, repitiendo melancólica:

—El capitán Juliot Legars murió hace muchos años...

Y el generoso corazón del trovador, anhelando siempre ver sonreír a las entristecidas, deseó fervorosamente que aquella noche, la “visión” de los dos españoles se convirtiera en realidad.

No conocía a Juliot Legars, pero había visto fugazmente al hombre alto y hercúleo, de rostro sombrío, aladares blancos, y ardientes ojos negros...

Y por corazonada, para evitar que Violeta Mancini siguiera repitiendo abatida: “El capitán Juiiot Legars murió hace muchos años...”, exclamó risueño :

—¡El capitán Legars vive, niña hermosa! Y contra nosotros nada podrá Ser Mancini ni su ejército de esbirros...

PRÓXIMO EPISODIO:
LA GÓNDOLA DE LOS SUSPIROS